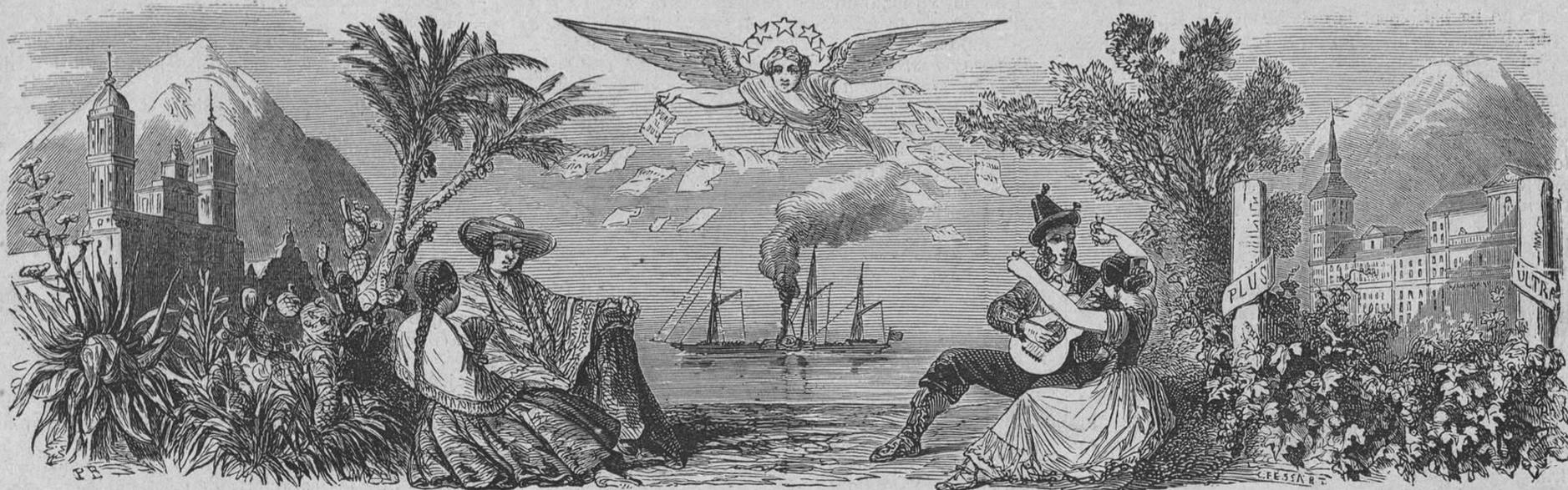


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 26. — N° 754.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

## SUMARIO.

—  
Su Majestad el emperador de Rusia, el gran duque heredero Alejandro y el gran duque Vladimiro; grabado.—

Revista española. — El nuevo encanto de la mujer. — La tribuna imperial de Longchamps; grabado. — Revista de París. — El emperador de Rusia en París; grabados. — Exposición universal de 1867. — Intriga y furor. — Las con-

sejas de Schiraz. — Tipos griegos, por M. A. Bida; grabados. — Paseo por los cafés de la Exposición; grabados. — Oliverio. — Problemas de ajedrez; grabado. — Los carneros Negretti en la exposición universal de Billancourt; grabados.



Su Majestad el emperador de Rusia, el gran duque heredero Alejandro y el gran duque Vladimiro.

## Revista española.

Otro novelista. — Enrique Perez Escrich y su *Frac azul*. — *Un drama nuevo*. — Notable argumento de esta obra. — Las fiestas del Centenario en Valencia.

Como no ha habido nada notable en el mes de mayo, ya que en una de mis anteriores revistas regalé á mis lectores el retrato de uno de los primeros novelistas españoles, Manuel Fernandez y Gonzalez, voy á continuar mi galería contándole hoy algo de Enrique Perez Escrich, otro novelista que goza de gran fama, y que merece ser conocido por todos los que han leído sus escritos.

Escrich es el novelista español que ha reunido á sus obras mayor número de suscriptores. Mas modesto que los escritores franceses, pero algo menos que los españoles, anticipándose á sus biógrafos, tal vez para satisfacer la curiosidad de sus numerosos lectores, ha adornado sus novelas con capitulos sueltos, en los que ha descrito un poco el velo de su existencia.

Además ha escrito y publicado un libro, quizás una de las mas bellas narraciones que ha trazado su pluma, y gracias á estos datos sabemos hoy, y la posteridad sabrá mañana, que el novelista popular debe su fortuna, segun confesion propia, á haberse desprendido de un malhadado *frac azul* con botones dorados, testigo y causa de las desventuras de la primera parte de su vida literaria.

Supongo que mis lectores conocen la historia de Elias Gomez, ó sea de Enrique Perez Escrich; y si así es, ocioso me parece repetir que sus primeros años corrieron en las márgenes del Turia; que á los diez y nueve años enlazó con la que hoy es su digna compañera, convirtiéndose en un verdadero padre de familia; que su sueño dorado fué siempre el ser autor dramático; que llegó á Madrid, caballero en un mulo del famoso arriero Castellote; que aquí sufrió infinito antes de conseguir que se pusieran en escena sus obras; que Ventura de la Vega le prestó mil reales; que un ministro amante de las letras quiso darle un destino, y él no quiso aceptarlo; y por último, que luchando siempre, ha sido uno de los autores que han pagado mas caras la popularidad y la fortuna.

Los que no satisfagan su curiosidad con estos datos, pueden leer el *Frac azul*. Este libro es la historia del autor dramático: la del novelista ¡cosa extraña! es menos azarosa, menos dramática, menos novelesca.

Escrich tuvo una idea feliz: poetizó al cura de aldea, le ingerió en una accion altamente dramática, y formó un drama que alcanzó con justicia un éxito brillante.

Por entonces los folletines de los periódicos y los editores habian agotado las novelas francesas de todos los autores, de todos los tamaños y de todos los géneros.

La novela española empezaba á ser indispensable; y los Manini, que entienden admirablemente el negocio, vieron un precioso filon en el *Cura de aldea*.

Los novelistas catalanes hacian novelas de comedias, y de comedias que no eran suyas; ¿por qué no encomendar al autor mismo de una obra dramática aplaudida, una novela que se titulase el *Cura de aldea*?

Escrich aceptó las modestas proposiciones que le hicieron los editores; y como el pensamiento y el asunto eran tan bellos, resultó que las cincuenta ó sesenta primeras entregas de la novela fueron devoradas por millares de lectores.

¿Cómo renunciar á un filon tan productivo?

— Es necesario estirar el argumento, supongo que dirían los editores al novelista.

— Imposible.

— El público desea otras cuarenta ó cincuenta entregas.

— Pero la accion natural está terminada.

— Eso no importa... el ingenio lo puede todo... quiere decir que se triplicará, se cuadruplicará el importe de cada entrega, y en ese caso...

— Sí, habrá medios de alargar la accion.

Y para complacer á los lectores, llenó Escrich multitud de páginas con episodios de la guerra civil, que como solo tienen el objeto de rellenar, de aumentar el volumen de la novela, le quitan mucha parte de su belleza.

De todos modos, el éxito de la novela fué asombroso. Escrich se convirtió en popular novelista; los editores comenzaron á mimarle, á disputarse sus obras, y brilló en primer término el que hasta entonces, como autor dramático, no habia logrado figurar entre los que los críticos llaman *nuestros primeros autores*.

La popularidad y la fortuna sonrieron al escritor, y en honor de la verdad, nada mas justo.

Escrich, que habia sufrido tanto; que tantas virtudes habia ejercitado al luchar con la desgracia, merecia un premio.

Los lectores de novelas estaban cansados de crímenes y horrores á lo vizconde d'Arincourt y Ponson du Terrail: Escrich, variando de rumbo, presentaba las escenas de la vida con naturalidad; sus personajes comian con apetito, dormian bien ó se desvelaban dentro de las condiciones naturales; por otra parte, presentaba las llagas del corazon embellecidas, y trasplantaba á la novela esa moral hablada que tanto influye en el éxito de las comedias de Eguilaz y de Larra; y el público, que estaba acostumbrado á hallar en cada página dos adulterios, cuatro infanticidios, ocho hogueras, una docena de sus-

cidios, veinte robos, treinta violaciones y una gruesa lo menos de crímenes pequeños, se deleitaba contemplando los cuadros que trazaba Escrich, todos bonitos, limpios, arreglados con simetría, adornados con florecitas; y aunque tambien habia adulterios, y crímenes, y vicios como aparecian á sus ojos poetizados, como siempre habia personajes simpáticos que predicaban la moral, que recordaban á cada instante los preceptos del catecismo, los lectores proclamaron á Escrich como novelista moral, y diez ó doce mil ejemplares de sus novelas se repartian en toda España con la celeridad que tenia á bien emplear el correo para distribuirlos á domicilio.

El Corazon en la mano, la Caridad cristiana, el Mártir del Gólgota, la Mujer adúltera, la Esposa mártir, no tardaron en extender la fama de Escrich; pero ¡cosa extraña, y que no favorece á los culpables! la crítica formal no ha examinado ninguna de sus obras, y en la mal llamada república literaria, son muy contados los que las conocen.

Los envidiosos, que no faltan, dicen: — Todo es sensiblería en las novelas de Escrich. — Pero Vd. las conoce?

— Sí, he leído la primera entrega de la *Mujer adúltera*, el capítulo cuarto de la *Esposa mártir*, el final de los *Hijos de la fe*.

Esto no es justo, y yo me he quejado muchas veces de la falta de educación de la crítica; ¿no merecen las novelas de un autor popular al menos un saludo?

Pero dejando al escritor, porque no es mi propósito juzgarle, sino dar una idea de su fisonomía especial, vamos á ver al novelista en la parte de su vida privada, que pertenece de derecho á sus admiradores, á su público.

Escrich es una prueba mas de que el estilo es el hombre. El amor á la familia y al orden: hé aquí sus principales cualidades. La caza: hé aquí su pasión dominante.

Escrich ha ganado y gana mucho dinero con las novelas: á él se debe que hayan subido los precios del trabajo intelectual.

Los periódicos anunciaron que habia firmado un contrato con Guijarro, comprometiéndose á no escribir mas que para él, por ocho ó diez mil duros al año.

El contrato existe; las condiciones son privadas, y no es de mi incumbencia hacerlas públicas.

Pero los editores le han mimado tanto, que han desarrollado en él los antojos.

— ¡Qué preciosa corbata! dijo un día al ver una que acababa de comprar Guijarro.

— ¡Ya se ve que lo es!

— Me gusta mucho.

— Y á mí tambien.

— Sí, pero debe Vd. regalármela.

— Vale muy poco para ofrecerla á una persona tan notable.

— Se me ha antojado.

— ¡Bah, bah! lo dicho: le regalaré á Vd. otra mejor.

— No, esa.

— De ningún modo.

— En ese caso, no podré dar á luz las entregas para el reparto de esta semana.

Esta amenaza es la que mas temen los editores.

— Tome Vd. la corbata, se apresuró á decirle el editor.

Es un verdadero *enfant gaté*.

Una de las debilidades, plausible por cierto, del novelista, es el deseo de proteger á los que empiezan.

— Yo no soy de esos autores envidiosos que abundan, dice algunas veces; he dedicado capítulos enteros de mis novelas á dar á conocer á jóvenes desconocidos.

Ultimamente, en la *Madre de los desamparados*, ha unido su nombre célebre ya, al de un joven desconocido, que muy en breve podrá firmar solo las novelas que escriba, porque tiene una imaginacion feliz, sabe sentir y no carece de buen gusto.

Un retrato, admirablemente dibujado por Vallejo y grabado por Capuz, me ahorra la descripción de su rostro.

Su carácter es franco, expansivo cuando discute en cualquier cuestion de caza, entusiasta cuando se habla del campo, de las escopetas, de los perros.

Estoy seguro de que es uno de los primeros cazadores del mundo. Esta aficion le ha llevado naturalmente á vivir en el campo.

En Pinto, á media hora de Madrid, tiene una linda casa de campo, en donde pasa, en el seno de su familia, la mayor parte de su vida.

La casa consta de dos grupos separados por un jardín. En el de delante tiene el novelista su despacho, en el que mas abundan las armas y los objetos de caza que los libros.

Dos bocetos de Lucas adornan la pared, y hay tambien un reloj en el que, al dar la hora, sale una codorniz á lanzar su reclamo.

En todas partes se ven las huellas del cazador.

El edificio posterior está destinado á los bailes que ofrece el novelista todos los domingos á sus convecinos, y á hospedar á los amigos que van á visitarle.

Escrich es en extremo hospitalario; no consiente que un amigo que le visita se ausente sin haberse sentado á su mesa, y disfrutado de los goces de su quinta.

Tal es, á grandes rasgos, el novelista popular.

Desgraciadamente la popularidad no es en España como en otros paises.

« Una gran parte de los lectores, me decia no há mucho un repartidor, creen que las novelas las escriben los Manini, Guijarro, Murcia y Martí, etc., y cuando yo les llevo las entregas: « ¡Son el diablo! me dicen, es-

criben mas que el Tostado. » Otros, en cambio, creen que las escribimos nosotros.

Un dia llamó mi hombre á una puerta. Era la de un sotabanco, en el que vivia una planchadora.

— ¿Me trae Vd. entregas de la *Mujer adúltera*? preguntó al repartidor.

— No, señora.

— Entre Vd. y tome asiento.

— Gracias.

— ¿Quiere Vd. una copita?...

— Mil gracias.

— Dígame Vd., ¿qué le pasa al final á *Magdalena*?

— ¡Toma!... eso no lo sabe mas que el que escribe la novela.

— Pues qué, ¿no la escribe usted?

Afortunadamente no todos los lectores son así; yo sé de buena tinta que las lectoras principalmente se saben de memoria su *Frac azul*.

En los teatros se ha estrenada una notable obra de Tamayo, titulada *Un drama nuevo*.

Voy á contar á mis lectores su argumento.

Shakespeare, retirado ya de la escena, dirige sin embargo una compañía de cómicos que le veneran como poeta, que le escuchan como artista escénico, que le aman como amigo.

En esta compañía figuran en primer término Torik, actor jocoso que hace las delicias del público, su esposa Alicia y un joven huérfano, á quien sirve de padre, llamado Edmundo. Walton es tambien uno de los primeros actores de la compañía.

Nada mas acabado, bajo el punto de vista psicológico y artístico, que los caracteres de estos cuatro personajes, que con Shakespeare, constituyen las principales figuras del cuadro, tan rico de color como inspirado de composicion.

Torik es un hombre de bien en toda la extension de la palabra; amante de la gloria y del arte, los aplausos, la estimacion del público le embriaga; dotado de un alma generosa, hacer el bien es su mayor satisfaccion. Edmundo ha hallado en él un padre, un maestro, un protector: Alicia ha sido arrancada por Torik de los brazos de la desgracia, y obediendo á un sentimiento de gratitud, ha aceptado con un entrañable amor el título de su esposa.

Torik vive feliz, porque no ve la sombra de tristeza que oscurece la frente de Alicia, porque la inquietud, la zozobra que adivina en Edmundo no le inspira temor.

Solo un deseo abruga al comenzar la accion del drama, un deseo natural en el hombre, y efecto en él del amor á la gloria. Hasta entonces ha deleitado al público, le ha hecho reir interpretando la comedia; desde aquel momento aspira á hacerle llorar representando el drama.

Precisamente un autor nuevo ha presentado uno á la compañía, en la que hay un papel que le entusiasma, un conde que ha colmado de favores á un pobre huérfano, que ama á su esposa con delirio; y lo que mas le agrada en su papel, es la situacion en que al descubrir la ingratitud del huérfano y la infidelidad de su esposa, al descubrir el lazo criminal que une á estos seres que tanto le deben, expresa su dolor y su indignacion lanzando el anatema sobre la frente de la perjura.

— Creen que solo sirvo para excitar la bilaridad del auditorio; pues yo les probaré que sé arrancarle lágrimas.

Esto es lo que se dice Torik, y el público adivina el drama á que va á dar lugar el *Drama nuevo*.

Con efecto, Edmundo ama á Alicia, á la esposa de su padre adoptivo, y ella le corresponde: la pasión no ha extinguido en su alma el sentimiento del deber, y el sufrimiento de su alma es inmenso.

Quieren renunciar al amor y no pueden; quieren sentir la indiferencia, y este deseo aviva su pasión; quieren aborrecerse, y se adoran.

A cada instante temen que se adivine su secreto en sus miradas, en sus palabras, y no la idea del peligro, sino el temor de aparecer como ingratos, como desleales, como indignos ante el hombre á quien lo deben todo, les persigue como un fantasma, sin tregua, sin descanso, en la vigilia y en el sueño, en la calma y en la agitacion.

Aquellas dos figuras encarnan de una manera admirable la lucha de la pasión y del remordimiento, de los sentidos que arrastran y del alma que se eleva. Matados, y no se quejarán, verán con fruicion el término de su angustia; pero decíles que Torik sospecha que le devuelven oprobio por amor, y se estremecerán.

Solo una persona ha adivinado algo acerca de sus criminales amores, Walton, el actor á quien Torik arrebató el papel de conde en el *Drama nuevo*.

Personificacion de la envidia, vicio tan arraigado por desgracia entre los que buscan, siguiendo el camino del arte, la aureola de la gloria, finge una modestia excesiva, aprueba el despojo de que ha sido víctima, acepta un papel insignificante en la misma obra, y lleva su generosidad hasta el punto de ofrecer á su amigo ensayarle el papel.

La vanidad le hace creer que su camarada se pondrá en ridículo, y como al mismo tiempo acepta un papel insignificante, piensa que el público aplaudirá su modestia, y se reirá de la inútil tentativa de su rival.

Shakespeare, que tambien sabe algo acerca de los amores de Alicia y Edmundo, los sorprende juntos, les interroga, escucha su confesion y derrama un rayo de luz sobre su conciencia.

Los dos le escuchan, porque el genio fascina; su agitacion se calma un poco; pero al saber que Walton co-

... en el cuarto de la actriz. Walton se escondió detrás de una cortina, le sorprende leyendo la epístola, consigue arrebatársela, Torik sabe por él que posee la prueba acusadora, pero no puede detenerse, le llaman para salir á la escena, es imposible retardar su salida, el público se impacienta, el traspunte llama, el autor de la obra le suplica... Alicia tiene que seguirle, pero antes de partir, dice á Shakespeare que Walton le ha arrebatado la carta de Edmundo, y el poeta le exige que se la devuelva.

Walton tiene que entregar en escena á Torik una carta; el traspunte le ha dado un pliego en blanco; vienen á llamarle, y para salir del apuro en que le pone Shakespeare, le entrega el pliego en blanco, y se lleva la carta acusadora.

No tarda el gran poeta en descubrir el engaño; pero ya es tarde.

La decoración cambia; el escenario es el escenario del teatro en donde se representa el drama nuevo; los dos dramas se confunden en uno; Walton entrega á Torik la carta; en ella lee el nombre del infame; Alicia, á su vez, dentro siempre de la ficción y la realidad, ve descubierto su secreto; la lucha entre el esposo ofendido y el amante de su esposa comienza; pero comienza con todo el horror de la verdad, y Edmundo cae atravesado por la espada de Torik.

La admiración del auditorio no tarda en convertirse en espanto; la sangre ha brotado del pecho del artista; el drama acaba con un crimen.

La representación se interrumpe, y Shakespeare, profundamente conmovido, explica al público lo que pasa, y añade:

— Walton ha sido hallado muerto en una calle próxima al teatro.

Después de este incidente inesperado cae el telón y termina el drama.

En el mes de mayo se ha celebrado este año una fiesta del país que se llama el *Centenar de la Virgen*.

Creo que la descripción hecha por un testigo ocular, interesará á mis lectores.

Solo se repite una vez en cada siglo.

A las dos y media de la tarde del día 12 comenzaron su marcha, desde la plaza de la Constitución, las rocas y carros de triunfo que ha construido el ayuntamiento, en el orden siguiente: el carro que representa Valencia, la ciudad de las flores, tirado por cuatro hermosos caballos castaños y tordos, vistosamente enjaezados como todos los demás tiros de carros y rocas.

Una joven, sentada en un trono en la cuna del carro, y rodeada de ninfas que arrojaban flores al público, sostenía el estandarte de la Virgen, y en la parte posterior iban los ríos Turia y Júcar, representados por dos genios que llevaban las simbólicas urnas.

Seguía á este el carro del triunfo de María, tirado por cuatro caballos tordos, y sobre él iban varios niños, vestidos de ángeles, derramando flores. Sobre el pedestal de

tidos con elegantes y uniformes ninfas. Esta cabalgata llamó mucho la atención del público, que se fijaba en la hermosura de los corceles. Marchaba después un carro de triunfo, arrastrado por seis hermosos caballos castaños, primorosamente enjaezados, con un volante vestido con elegante propiedad.

Seguían al carro los falsos profetas, el altar del holocausto y san Elías, representados por hombres disfrazados, de los cuales divertía sobremanera á los *coram bovis*, el que hacía de san Elías, con el manejo de sus brazos, que parecían aspas de molino. Terminaba esta sección con la preciosa imagen de aquel profeta que se venera en la iglesia de Santa Cruz.

Los tintoreros llevaban también un carro, sobre el cual se veía un arcángel cubierto de armadura y rodeado de ninfas.

Venían luego las corporaciones y personas notables convidadas por ambos cabildos, y que en verdad no iban en número crecido. Suele haber en estos casos cuestiones de etiqueta, que producen retraimiento de muchas personas. No sé si en este caso ha sucedido algo de esto; pero lo cierto es que no eran muchos los convidados que asistieron á la procesión.

Estos iban en cuatro secciones. Después de la primera marchaban los numerosos alumnos internos del seminario conciliar; tras ellos los beneficiados y canónigos de la catedral, en los cuales alternaban los convidados de más categoría, é inmediatamente delante de la imagen de Nuestra Señora de los Desamparados, los dos obispos de Tuy y de Segorbe.

La sagrada imagen, en cuyo honor se hacía esta magnífica solemnidad, era conducida en una riquísima anda de plata, llevada á hombros de doce sacerdotes, y detrás de ella iba el prelado de la diócesis y los demás oficiales con dalmática y capa pluvial. Tras el arzobispo iba la camarera mayor de Nuestra Señora y otros individuos de su cofradía. Los fámulos del prelado llevaban, como de costumbre, el almohadón, sillón, etc., y cerraba la procesión el ayuntamiento, precedido de los vergueros, con la solemnidad de costumbre, y seguido de la ronda de alguaciles de gran gala. El gobernador de la provincia, con el uniforme de este cargo, prendía la corporación municipal, llevando á su derecha al corregidor.

Esto es lo más notable, bajo el punto de vista de mis reseñas, que ha acaecido en España en el mes de mayo: si no es más interesante, la culpa no es de su afectísimo

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de mayo de 1867.

midamos toda la profundidad de esta vida.

Nada hay más caro para los hombres que la belleza de las mujeres: la pagan á peso de oro, y muchas veces á peso de desdichas; pero ¡oh, felicidad! Raynaud vende la *Belleza eterna* á dos reales.

La naturaleza avergonzada debe huir y ocultarse en el último rincón de la tierra.

Ella otorga el don de la hermosura á su capricho, *gratis*, es verdad, pero apenas lo da cuando lo quita.

Hermosura fugitiva que deslumbra como la luz del relámpago, y que como el relámpago desaparece.

Hermosura cruel que se escapa precisamente cuando más se necesita.

El señor Raynaud es mucho más generoso que la naturaleza: da por dos reales una belleza eterna.

Las mujeres, embellecidas por el señor Raynaud, pueden decir ya sin escrúpulo y sin reparo: esta belleza es mía, como los demás decimos: ese es mi sombrero, este es mi reloj, aquella es mi casa.

¿Será este el nuevo encanto que ha adquirido el atractivo de las mujeres?

Tampoco es este.

Ni á la moda, ni á la química, ni al arte del señor Raynaud deben las mujeres este famoso descubrimiento.

No consiste ni en la corrección del perfil, ni en la gracia de la sonrisa, ni en la dulzura de la mirada.

No consiste tampoco en el aire seductor de un lazo espiritual, ni en el color, ni en la figura, ni en los adornos.

Es un atractivo que no está en las mujeres, que está solo en la mujer, porque está en todas, y solo podemos encontrarlo en una.

Encanto singular, ellas mismas no saben que lo tienen, y parece como que están empeñadas en no querer tenerlo.

Fijemos por un momento la mirada, detengámonos un instante.

No hay nada que quite tanto la vida al hombre como las mujeres.

Todos dicen á todas: Juana, Emilia, Francisca, Nicolasa, Julia: yo me muero por tí.

¿Quién no ha oído y quién no ha dicho muchas veces: esa mujer me está matando?

Esa mujer es unas veces una y otras veces otra, ó más bien, eso lo dicen todos los hombres de todas las mujeres.

— ¿Me quieres? pregunta la mujer.

Siempre que hace esta pregunta es que lo sabe.

El hombre contesta: no como, no duermo, no pienso, no vivo.

Eso lo preguntan todas y lo contestan todos.

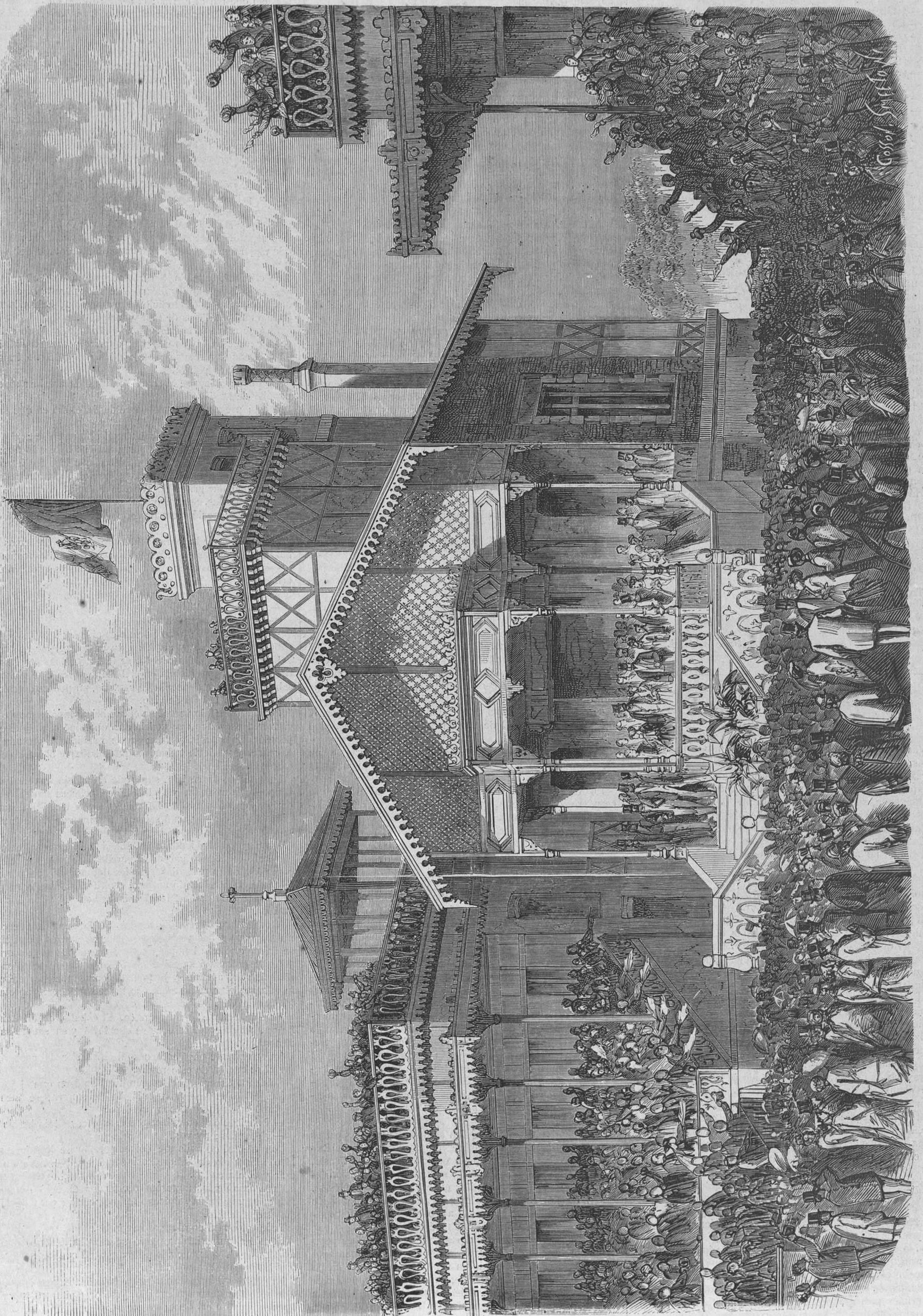
Los hombres se pierden por las mujeres, se arruinan por las mujeres, se deshonoran por las mujeres, se mueren por las mujeres y se matan por las mujeres.

¡Las mujeres! hé ahí la muerte del hombre.

Pues bien, hé aquí el prodigio:



Su Majestad la emperatriz recibiendo al emperador de Rusia al pié de la escalinata del palacio de Tullerías.



La tribuna imperial durante las carreras de Longchamps, el domingo 2 de junio.

Las mujeres nos matan, pero hay una mujer que nos alarga la vida.

— ¿Dónde está esa mujer?

— En todas partes.

— ¿Cómo encontrarla?

— Donde quiera que haya una mujer, esa es.

— ¿Será hermosa?

— O fea.

— ¿Será rica?

— O pobre.

— ¿Son todas?

— Es una.

— ¿Una sola posee ese singular privilegio?

— No, lo poseen todas.

— Hé aquí una cosa incomprensible.

— Hé ahí una cosa matemática.

— Es un juego de palabras.

— Todo lo contrario, es una serie de hechos.

— ¿Quién los sabe?

— La experiencia.

— ¿Quién los cuenta?

— Los números.

— Abramos el arcano.

El doctor Stark ha leído á la Academia de Edimburgo una estadística; de ella resulta que los hombres casados viven por término medio veinte años mas que los solteros.

Y debe ser así.

El amante dice á todas las mujeres: « Por tí me muero. »

El marido dice á su mujer: « Por tí vivo. »

Dice el amante: mi esperanza, mis ilusiones, mi amor.

Y dice el marido: mi mujer, mis hijos, mi familia.

El amante dice: estoy loco.

El marido dice: estoy contento.

Soy feliz, exclama el amante.

Y exclama el marido: soy padre.

« Tú eres mi alma, tú eres mi vida, tú eres mi corazón, » dice el amante á todas las mujeres.

Y el marido solo puede decirle á una sola: « Tú eres mi mujer. »

Hé aquí una doble cuestion de moral y de higiene.

Y hé aquí el nuevo atractivo que ha adquirido el imperio que la mujer ejerce sobre el hombre.

Hé aquí un encanto con que ellas no contaban.

Las mujeres matan.

La mujer da la vida.

Todas son mentira.

Una es verdad.

Todas son la locura ó el vicio.

Una es el juicio y la virtud.

Muchas son el placer.

Una es la felicidad.

José SELGAS.

## Revista de Paris.

Vamos á continuar la relacion de las fiestas habidas en Paris, que seguramenté no son pocas en la semana que abraza esta revista. Funcion de gran aparato en la Opera, banquete en la embajada rusa, revista militar en el bosque de Boulogne, suntuoso baile en el Hotel de Villa, otro gran baile en Tullerías, fiesta en Versalles, hé ahí el sumario de los grandes festejos con que se han celebrado en Paris las visitas de los soberanos de Rusia y de Prusia, festejos que han tenido en movimiento continuo á todas las clases de esta inmensa poblacion, reforzadas en la actualidad con una muchedumbre de extranjerios.

Procedamos por órden pues, y principiemos por el gran espectáculo de la Opera.

El teatro presentaba un golpe de vista verdaderamente admirable. Frente al escenario se habia dispuesto el palco imperial que ocupaba todo el anfiteatro. En este palco respaldiente habia tres asientos, ó mejor dicho, tres tronos; el czar ocupó el del centro, el emperador Napoleon se sentó á su derecha y la emperatriz á su izquierda.

Al entrar los emperadores, todo el mundo se levantó y permaneció en pié hasta que se sentaron los soberanos. La emperatriz saludó graciosamente á los espectadores, y la orquesta entonó el himno nacional ruso. En la misma fila y á ambos lados de los tres asientos, se sentaron, á la derecha del emperador, la princesa de Prusia, el gran duque czarevitch, la esposa del príncipe Luis de Hesse, el gran duque Vladimiro, la princesa Eugenia de Leuchtemberg, el gran duque de Leuchtemberg, el príncipe Luciano Murat y el príncipe Joaquín Murat; y á la izquierda de la emperatriz, el príncipe real de Prusia, la gran duquesa María de Rusia, el príncipe Luis de Hesse, la princesa Matilde, el príncipe Federico de Hesse, la princesa Murat, el príncipe de Sajonia Weimar y el hermano del taicun del Japon, el príncipe Toukougava Mim-bu-Tayou.

El emperador Napoleon llevaba el gran cordon de la órden de San Andrés, y el czar, que vestía de general y calzaba botas á la Souvarow, ostentaba el cordon de la órden imperial de la Legion de Honor.

En la segunda fila de asientos, detrás de los soberanos y los príncipes, se veían las damas de la emperatriz y de las princesas extranjerias, los chambelanes, los mariscales y los ayudantes de campo del emperador, y ocupaban los palcos del primer piso grandes dignatarios, ministros, casi todos los representantes de las cortes extranjerias, duques, con-

des, opulentos financieros y una brillante cohorte de personajes de distincion.

La funcion se componia del cuarto acto de *la Africana*, de la sinfonia de *Guillermo Tell* y de un acto de *Gisela*. Era cerca de la una cuando se concluyó esta solemne representacion, que será memorable en los anales del teatro de la Grande Opera.

En medio de todas estas fiestas no se olvida la Exposicion universal, y el dia antes el emperador Napoleon hizo los honores de ella al emperador de Rusia.

Los dos soberanos, los hijos del czar y sus servidumbres almorzaron en el restaurant de la seccion rusa, y la visita por el palacio y el parque del Campo de Marte se prolongó hasta las cuatro.

A las siete se dió un gran banquete en el palacio de la embajada rusa. El baron de Budberg tuvo la honra de reunir en sus salones al emperador de Rusia, á sus hijos, los dignatarios rusos y los personajes de la córte que el emperador de los franceses ha agregado al servicio del czar durante su permanencia en Paris. El patio, la escalera principal y los salones de la embajada, estaban adornados con canastillos y macetas de variadas flores y de arbustos raros. Se habia trasformado en salon del trono una de las grandes salas del palacio, y encima del asiento reservado al czar, se habia colocado el retrato de cuerpo entero del soberano.

Hé aquí los nombres de los principales personajes que asistian á esta comida de treinta y seis cubiertos: el emperador de Rusia, sus dos hijos, la gran duquesa María de Rusia, la princesa Eugenia, su hija, el duque de Leuchtemberg, su hijo, el príncipe Gortschakoff, el príncipe Dolgorouky, el conde de Adlerberg, el conde Schouvaloff, el baron de Brunow, embajador de Rusia en Lóndres, el conde de Budberg, los dignatarios que componen la servidumbre del emperador de Rusia, el general Lebœuf, el vizconde Walsh, chambelan, el baron de Bourgoing, el conde de Lauriston, el general Faye, el conde de Cherisey, etc.

El miércoles llegó á Paris S. M. el rey de Prusia, cuya entrada tuvo lugar con el mismo ceremonial que la del czar.

El emperador habia enviado á varios oficiales de su casa á la frontera para cumplimentar al rey á su entrada en el territorio francés, adonde habia ido igualmente S. E. el conde de Goltz, embajador extraordinario y plenipotenciario de Prusia.

Su Alteza el príncipe real de Prusia, Federico Guillermo, que fué para recibir á su padre á Compiègne, subió en la estacion de esta ciudad al tren imperial.

El emperador, acompañado de S. A. el príncipe J. Murat, el caballero mayor y el edecan de servicio, fué á recibir á su real huésped en la estacion del Norte.

Sus Excelencias los ministros, el mariscal comandante del primer cuerpo de ejército, y su jefe de estado mayor general, el mariscal comandante en jefe de la guardia imperial, el general de division comandante superior de la guardia nacional del Sena, el general comandante de la primera division del primer cuerpo de ejército y su estado mayor, el prefecto del Sena y el de Policia esperaban en la estacion al rey de Prusia.

El personal de la embajada de Prusia en Francia, y un crecido número de personajes y de señoras de la mas alta sociedad de Paris, se hallaban tambien en la estacion.

Dos regimientos de infantería de línea y un batallon de cazadores de infantería, bajo el mando del general de division Soumain, comandante de la plaza de Paris y la primera subdivision militar, formaban la carrera al interior y al exterior de la estacion.

El cortejo se componia de seis coches de la córte, cada uno con tiro de dos caballos, de un peloton de cien-guardias y de un escuadron de lanceros de la guardia imperial.

El cortejo se puso en marcha por los boulevares de Magenta, Estrasburgo y Sebastopol, las calles de Rivoli y Louvre, la plaza de Saint-Germain-l'Auxerrois, el patio del Louvre, la plaza Napoleon III y la plaza del Carrousel, y entró en el patio del palacio de las Tullerías por el arco de triunfo y la verja de honor.

Su Majestad la emperatriz, acompañada de S. M. I. madama la princesa Matilde, precedida de los grandes oficiales de la corona, del mariscal comandante en jefe de la guardia y de los oficiales y damas de servicio de las casas imperiales, y seguida de los oficiales y damas no de servicio de las casas de SS. MM., habian ido al encuentro de Su Majestad el rey de Prusia al pié de la grande escalera.

En el salon del Primer Cónsul tuvieron lugar las presentaciones oficiales, y concluidas que fueron estas, el emperador condujo al rey de Prusia á las habitaciones que le estaban preparadas en el pabellon de Marsan, en el mismo palacio de Tullerías.

El conde de Bismark, en quien se fijaban por todas partes las miradas de la muchedumbre, fué á ocupar las habitaciones que le habian dispuesto en la embajada de Prusia.

En otro lugar de este número se hallará una relacion detallada de la gran fiesta militar en el bosque de Boulogne, á cuya conclusion tuvo efecto un horrendo atentado dirigido contra Alejandro II. Hé aquí el aviso con que dió á conocer el *Moniteur* un crimen tan abominable:

« Después de la gran revista pasada ayer (6) por el emperador en el bosque de Boulogne, en honor de los soberanos extranjerios, en presencia de un gentío inmenso y en medio de un entusiasmo indescriptible, un individuo, que dice es polaco, ha disparado un pistoletazo al coche que conducia á Su Majestad, con el emperador de Rusia y sus dos hijos, el gran duque heredero y el gran duque Vladimiro.

» La bala dió en la cabeza del caballo del caballero de servicio que iba al estribo; el arma reventó en la mano de asesino, que fué preso por el gentío. La intervencion de la fuerza pública fué necesaria para librarle del furor de la poblacion. Nadie fué herido. »

El efecto que produjo en Paris este atentado es indescriptible. Desde luego, como dice la noticia oficial, el pueblo se precipitó sobre el polaco, y á duras penas los agentes de la fuerza pública pudieron arrancarle de manos de los que querian aplicarle en el acto la ley de lynch en el mismo teatro de su crimen. Aquella misma noche hubo grandes iluminaciones en Paris, y el dia siguiente comenzaron las felicitaciones dirigidas al emperador de Rusia por parte de todos los cuerpos constituidos, felicitaciones que duran todavía.

Entre las diversas y abundantes noticias que publicaron en los primeros momentos los diarios de Paris acerca del asesino, vamos á extractar á continuacion los informes firmados por M. J. Penel en el periódico *la Patrie*, y que han sido reproducidos casi por toda la prensa, como la relacion que mejor da á conocer el memorable atentado del 6 de junio.

El criminal, llamado Berezowski, nació en Volhynia, y dejó su pais natal á los diez y ocho años para venir á Francia, donde aprendió el oficio de maquinista, habiendo trabajado en los talleres de Cail y compañía.

El 4 de mayo último abandonó el trabajo, y desde entonces dice que ha vivido con sus ahorros y con un subsidio de 35 francos mensuales que recibia del gobierno francés como refugiado polaco.

¿Cuándo y cómo se le ocurrió la idea de asesinar al emperador de Rusia?

A esta pregunta responde que desde el dia en que supo que el czar debia visitar Paris.

Su primer proyecto fué cometer el crimen en la noche del martes en la funcion de la Opera; mas no habiendo tomado para ello disposicion alguna, lo único que hizo fué introducirse entre los grupos de curiosos que obstruian la calle, y aunque oyó dar gritos de « viva la Polonia! » afirma que no se asoció á ellos. Supone que allí el emperador Alejandro le miró y le reconoció como polaco: entonces se decidió á cometer su crimen.

Al otro dia por la mañana fué á una tienda de armas del boulevard de Sebastopol, y regateó pistolas de dos cañones.

— ¿Son buenos los cachorrillos de 8 francos? preguntó al armero.

— Sí, pero aquí tengo uno que está probado.

— Venga pues.

— Este vale nueve francos.

— No le hace; le tomo porque es el mejor.

Berezowski pagó, y se fué á su casa á cargar su arma.

Llegado el dia de la revista, se levantó á las siete, se vistió y salió con su pistola en el bolsillo. Dice que almorzó sobriamente: un panecillo de centeno, un pedazo de salchichon y media botella de vino.

Concluido su almuerzo, se encaminó al hipódromo de las carreras, pensando que podria dar el golpe cuando el emperador llegase á la revista; pero no sabiendo exactamente el camino que debia tomar, no pudo hallarse al paso de su carruaje.

Después de la revista, supo que el cortejo imperial volveria por la cascada, y se instaló en primera fila entre los curiosos en un punto de bifurcacion de la via. Un instante el cortejo imperial vaciló sobre el camino que debia tomar, porque el uno de ellos estaba ocupado por un regimiento de dragones; mas habiéndose restablecido la marcha, cuando el carruaje ocupado por el emperador Napoleon, el emperador Alejandro y los dos grandes duques, pasaba por delante de él, se adelantó entre la multitud, teniendo su pistola con ambas manos, los dos índices apoyados en los dos gatillos.

Viendo el caballero de servicio M. Raimbeaux, que corria un hombre hácia el carruaje con los brazos en el aire, se figuró que este hombre queria entregar algún memorial, y dando espuela á su caballo, se plantó de un salto en la direccion del asesino, y justamente en el momento en que la cabeza del caballo tocaba á Berezowski, este apretaba los dos gatillos.

La detonacion fué muy fuerte. El caballo de M. Raimbeaux, herido en la cabeza, se encabritó y su sangre saltó al carruaje.

La escena que pasó entonces en el interior del coche imperial se cuenta de este modo:

Habiendo observado el emperador Napoleon que el joven príncipe Vladimiro estaba cubierto de sangre, se inclinó hácia él y le preguntó con presteza:

— Príncipe, os veo cubierto de sangre, ¿estais herido?

— No, señor; ¿y vos?

Con efecto, el uniforme del emperador se hallaba tambien manchado de sangre, así como los que llevaban el czar y el czarewich.

Cada uno de los augustos personajes observó entonces que la sangre habia salpicado todo el coche; pero que nadie estaba herido.

Todo esto pasó en algunos segundos.

El cortejo imperial prosiguió su marcha después que el emperador hubo anunciado á la multitud que á nadie habian lastimado los proyectiles.

Mas entre tanto rodeaban á M. Raimbeaux que habia tenido que abandonar su caballo, y se precipitaban sobre el asesino, que no oponia la menor resistencia.

Berezowski tenia la mano izquierda llena de sangre. Uno

M. Warningham quedó tendido y absolutamente inmóvil, con los ojos cerrados, alentando tarda y penosamente, al paso que la traspiración manaba de todos sus poros. El pulso y otros síntomas me denotaron que á pocos recargos mas como este, sucumbiría; y que por tanto era indispensable echar mano desde luego de los mas eficaces remedios. Ordené pues cuanto debía hacerse, como repararle la cabeza, sangrarle copiosamente, mantenerle en frescura y tranquilidad perfectas, prescribiendo al mismo tiempo todas las medicinas que yo estimé apropiadas para efectuar este objeto. Al bajar la escalera, encontré á M.\*\*\*, dueño de la casa, quien muy agitado me dijo que estaba en la precision de sacar inmediatamente de casa á M. Warningham, pues sus desvarios causaban molestia é inquietud á todos los huéspedes, segun se habian altamente quejado. Viendo en esto una cosa muy racional, el enfermo con sancion mia fué trasladado aquella noche á viviendas espaciosas y decentes en una de las calles contiguas. En las tres ó cuatro visitas que le hice, se presentaron escenas poco discrepantes de la que arriba intenté describir; pero gradualmente fueron perdiendo su violencia.

No se me culpe de extravagancia ó exageracion, si protesto que tuvo á veces una vena de sublimidad en sus delirios: pues realmente dijo en algunos las cosas mas lindas que yo haya oido. Esto no debe ocasionar maravilla, si se recuerda que por el reboamiento del corazon habla la boca: y el espíritu, naturalmente capaz de M. Warningham, estaba provisto de grandes acopios, adquiridos de todos los puntos de la literatura. Su imaginacion estaba profundamente empapada en germanismos... *diablería*...; algunos de cuyos espantosos símiles sirvieron para rodearme y tenerme sitiado.

Por mí aseguro que nada me afecta tanto, aterra y humilla, como el ver invadido de locura un gran talento cual era M. Warningham, manifestándose con ráfagas de capacidad y belleza en medio de las densas tinieblas y estragos del furor. Tal espectáculo trae á nuestra mente algunos insignes fragmentos de una deruida construccion de Grecia ó Roma, que desmoronados y dispersos, todavía ostentan el exquisito pulso y cincel del artista, aguzando así el vivo pesar del observador, que tan gloriosa fábrica contempla destruida por la desapiadada mano del tiempo. La locura efectivamente dirige los mas temibles tiros á entendimientos distinguidos por su actividad, cebándose aquella rápida llama con el pábulo que da una imaginacion excitable y vigorosa. En semejantes casos, tremenda responsabilidad gravita sobre los profesores que asistan; pues una larga experiencia me ha convencido de que para tratar con enfermos tales como M. Warningham, el único modo provechoso es contemporizar prontamente con sus varias fantasías, sin aparecer ofendidos ni alarmados en lo mas mínimo por sus monstruosísimas extravagancias. El enfermo jamás debe ser sobresaltado por muestra alguna de sorpresa ó recelo de parte de los que le rodean, y nunca exasperado por la contradicción ó señales de impaciencia. Si algun inexperto asistente comete tal falta, la llama se propagará con voracidad, y consumirá instantáneamente todo rastro de armadura intelectual, dejando su mortaja, que es el cuerpo, reducida á paredes desnudas y ennegrecidas, á

Una mofa, un escarnio para el mundo.

Por el contrario, expóngase el paciente á entrar en alta mar; permítasele por un rato correr la tempestad y seguir el torbellino de sus desordenadas facultades, mientras los circunstantes cuiden solo de atisbar el momento crítico para verter sobre las espumosas aguas el bálsamo de lenitiva calma; y téngase por seguro que acabará el tumulto cuando cesen los vientos opuestos. Pero volvamos á M. Warningham. El duende que se habia anidado en el alcázar de su entendimiento por mas de una semana, desapareció al fin, habiendo puesto á su víctima trémula en el borde mismo del sepulcro. En verdad no tengo presente haber visto jamás un enfermo cuyas potencias físicas y mentales hubiesen sido tan espantosamente despedazadas. Habia perdido casi toda accion muscular, no pudiendo alzar la mano ni la cabeza, cambiar de postura en la cama, ni aun mascar el alimento. Apenas podia emitir un susurro de voz casi imperceptible, y parecia ignorar lo que pasaba á su rededor. Su hermana, jóven interesantísima, habia volado á la cabecera del enfermo inmediatamente que la noticia de su mal estado llegó á la familia, y desde entonces habia seguido constantemente asistiéndole dia y noche hasta desmejorarse ella misma. ¡Cuánto la estimaba yo con su semblante pálido, consumido, solícito y aun afectuoso! Si no hubiese mediado esta indisposicion, se hubiera ella casado antes con un jóven sobresaliente en el foro; mas las simpatías que profesaba á su hermano la retenian junto á su lecho sin impacientarse, y nunca habria pensado en abandonarle. Pero medítense cuáles serian sus sentimientos, al saber que ella hubo de enterarse en gran parte de los motivos que daban margen á la dolencia de su hermano, teniendo en su penoso deber que oír muchos descubrimientos de índole desagradable. De esta última circunstancia nació el primer origen de inquietud para M. Warningham cuando recuperó el uso de su razon. Le tenia sumamente desasosgado la idea de haber aludido á la vida del colegio, y describió sus escenas estragadoras. Instándome una vez que le dijese si su hermana y demás allegados se habian enterado de los sucesos que motivaron la enfermedad, quedó sumido en mustio silencio por algun tiempo, increpándose evidentemente con los mas fuertes improperios y en seguida exclamó:

— Bien, ya ve Vd., señor doctor, cómo ha

Imparcial Justicia

De tósigo en mis labios puesto el cáliz;

y yo he apurado el inmundo trago hasta las heces. Con todome resignaré en silencio, aunque en este momento cederia la mitad de mis bienes por borrar de su memoria cuanto me deben haber oido proferir. Ansioso corria en pos de aquellos deleites; pero ahora me despido para siempre del libertinaje, de la vida estragada y de la disipacion. Le interrumpí diciendo que ni yo, ni sus parientes éramos sabedores de que públicamente se hubiese distinguido como libertino. ¿Cómo, doctor, replicó, es posible... puede haber nadie que se haya expuesto á serlo mas disparatadamente que yo? En esto echó á llorar, pues aun no habia recobrado el vigor y señorío de sus sensaciones. Estos saludables pensamientos le guiaron á una reforma duradera; y la enfermedad en suma habia producido todo su efecto. Otra cosa hubo que todavía le ocasionó escozor é incertidumbre, diciendo que se sentia compelido á exigir del capitán la satisfaccion usual. Yo y cuantos le rodeábamos, cuando hizo esta insinuacion, insistimos disimuladamente en desimpresionarle de tal idea; y él mismo la abandonó luego que supo las frecuentes venidas del capitán, quien dejó muchas tarjetas é hizo las mas solícitas preguntas por su salud. Al otro ó á los dos dias, tuvo una entrevista privada con M. Warningham, en que valiéndose de los términos mas realzados, se disculpó de su proceder violento, y expresó el mas vivo pesar por sus serias consecuencias.

M. Warningham convaleció en fin, aunque lentamente, y tan luego como se halló en estado de soportar el viaje, se trasladó al seno de su familia en el condado de\*\*\*, de donde pasó luego á la marina, y permaneció hasta la conclusion del otoño, leyendo obras de filosofía y algunos de los principales escritores de moral. Casóse en octubre, y en la primavera partió para el continente. Sin embargo, como su constitucion habia recibido un descalabro del que jamás se podia reparar, M. Warningham dos años despues murió de consuncion en Génova.

M. DE F.

### Las consejas de Schiraz.

Los filósofos del Occidente, me decia el célebre autor de *Anastasio*, Tomás Hope, que habia viajado mucho tiempo por el Asia, se compadecen del Oriente fabuloso, que consideran entregado á la poesia, á la exageracion y á la metáfora. Pero se engañan; todos los sistemas, derechos y teorías tienen en Asia sus predicadores y prosélitos. La India encontró sus Lametrie y sus Espinosas: el vedantismo y el sinaismo valen tanto como los dogmas de Aristóteles y de Platon; y los sueños de los Soniasis son á la vez místicos, críticos y devotos.

¡Cuántas veces, escuchando las narraciones orientales, he admirado la profunda sabiduría, las ideas filosóficas, que deslizan, por decirlo así, bajo una fábula portentosa!

Un dia descansaba yo en las cercanías de Schiraz á alguna distancia de mi comitiva, bajo unos frondosos plátanos. Oí voces confusas, exclamaciones de alborozo que salian de un grupo de olivos á cuya sombra estaban tendidos los hombres de mi escolta; sus risotadas me ahuyentaron el sueño. Me dirigí hacia ellos, y los encontré sentados á la oriental, en derredor de un hombre muy mal vestido que hacia varios gestos y contaba á su auditorio uno de esos hermosos cuentos que componen toda la literatura del Asia actual. Hicieronme lugar, y comenzando de nuevo el orador su relacion en obsequio mio, se explicó en estos términos:

«— Hasan-Ben-Hasan habia servido gloriosamente en el ejército de ese glorioso sultan Mustafá, el vencedor de los vencedores, el Sol de los Soles, que, despues de haber derrotado á los rusos en todos los encuentros, acabó por perder tres visires, seis fortalezas y toda su escuadra: tal era la voluntad de Dios. Cansado de la guerra, quiso Hasan-Ben-Hasan terminar su gloriosa carrera, como un verdadero musulman, con una peregrinacion á la Meca. Viajó de una manera digna de él, y mas de un bajá de tres colas envidió la arrogancia de sus caballos, sus cincuenta camellos cubiertos de terciopelo de Schiraz y de seda de Esmirna, y sus doscientos caballos anatolios con brillantes corazas de pulida plata. Al llegar á la Meca, vió la procesion de los *hadjis* al rededor de la Kaaba, besó la piedra santa, la tierra sagrada, bebió agua de la fuente de Zemzem, que viene del mismo paraíso, como saben todos los verdaderos creyentes.

» Despues de esto, el ilustre Hasan-Ben-Hasan extrañó que abrigase todavía un deseo. Habia sido *delhi*, de esa raza que afila mejor su sable que sus argumentos teológicos.

«— ¡No hay mas que esto, exclamó, y es preciso que un *hadji* recorra todo el mundo para ir á ver una piedra negra, un foso de agua salobre y quinientos necios que se disputan, con el sable en mano, la dicha de besar la piedra y beber agua estancada?

» ¡Oh! eran estas blasfemias espantosas: pero Hasan-Ben-Hasan dió orden para partir, pasó á galope por la Arabia y la Siria, y vino á descansar en su castillo de los montes anatólicos.

» Hasan, que despues de su peregrinacion, era ya *hadji* ó santo, respetado de sus vecinos, amante de la

hospitalidad, benévolo, grande, era tenido por el mas feliz de los hombres. Su residencia, situada en el fondo de un hermoso valle, atraia las miradas de todos los viajeros que iban de Damasco á Constantinopla ó de Constantinopla á Damasco. — ¿Cómo, decian ellos, este hijo de la tierra ha podido lograr una felicidad digna de los habitantes del paraíso? No hay bajá ni príncipe que no deba envidiar su fortuna. Tiene cuatro mujeres, y nunca riñen; dos hijas que todavía no han pensado en huir con un espahí ó con un genízaro; un hijo que no se cree obligado á desear la muerte de su padre. La Sublime Puerta no le ha enviado jamás ningun mensaje de muerte ó de pillaje. ¡No se ha visto un hombre mas venturoso desde el tiempo de David y de Salomon! ¿Quién lo creyera? Él solo se reputaba desgraciado. Sus meditaciones relativas á la vida eran tristes y profundas. ¿Qué es la existencia del hombre? se preguntaba. Una burbuja de aire en la superficie del agua; el silbido de la bala que pasa por el aire. ¿Qué son los placeres de la tierra? Algunos momentos de alegría que nos hacen sentir nuestros tormentos con mayor violencia. El mundo no es mas que un mar borrascoso, un océano agitado, en que están luchando los desventurados que han naufragado, siempre dispuestos á salvar su vida á costa del que nada y lucha á su lado. Cada dia que comienza nos anuncia nuevos pesares, y el único que debemos bendecir es el último de nuestra vida, el de nuestra libertad.

» Los *delhis* tienen un método muy trillado para curar el tedio: cuando creen que la vida no tiene nada bueno que ofrecerles, se matan. Hasan-Ben-Hasan puso dos magníficas pistolas sobre una almohada, dió una palmada y se hizo servir la cena. Despues de la cena, seis mujeres nubianas le trajeron un frasco de vino excelente y se retiraron. En la mano derecha tenia el arma fatal, y en la izquierda la copa. El primer vaso no apagó la sed que le devoraba; creyó que sin perder el valor podia volver á empezar sus libaciones; pero el tiempo era caluroso, y excelente el vino. Llenó la copa por tercera vez: el hombre que va á abandonar el mundo puede sin crimen, beber un tercer vaso de vino. La mitad del frasco estaba vacío; el *hadji* se puso á examinar su pistola, abrió la cazoleta, cebó, y echó dos balas mas en el cañon; con solo mover el dedo, el *hadji* sa lanza en el regazo de Mahoma... Pero el calor habia aumentado.

«— ¡Oh! exclamó el peregrino de la Meca, ¡qué vienen á ser el mundo y la vida! Una sucesion de miserias.

» Al pronunciar estas palabras, dejó la pistola, llenó la copa y la vació de un trago.

» Algunas horas despues de esta lucha moral, Hasan estaba tendido á la sombra de los frondosos plátanos que rodeaban su kiosco. El horizonte se le presentaba á lo lejos como un gran chal de Cachemira rayado de color de grana, de amarillo y azul; por encima de su cabeza colgaban racimos de uvas y de rosas, cuya transparencia brillaba al sol como la de las amatistas y rubíes. El embeleso del paisaje no desvanecia ni destruía su sistema filosófico; en el cielo bienhechor y espléndido no veia mas que un receptáculo de influencias perniciosas, de pestes y enfermedades. La fecundidad de la tierra engendra serpientes, el ruido del mar lejano recuerda espantosos naufragios.

«— Y sin embargo, exclamó el descontento *hadji*, ¡hay hombres que hablan de la bondad de Dios y de los encantos de la naturaleza!

«— Sí, los hay, respondió una voz que salia de entre unas zarzas vecinas.

» Hasan se volvió, y vió uno de esos hombres venerados en toda el Asia: un peregrino. Su figura era noble, su vestido pobre y viejo, su estatura alta, y sus ojos brillantes.

«— *Hadji*, le dijo Hasan, hombre sagrado, sentaos á mi lado, que partiremos la comida. Ya que Alá os envía, bien venido seais.

» Aceptó el peregrino con el aire de un hombre á quien eran familiares tales proposiciones, y que hubiera podido sentarse á la mesa de los príncipes. Su conversacion variada y brillante pagó colmadamente la hospitalidad del *hadji*. Habia recorrido todo el Oriente, y conocia cuanto tiene el Asia de grande, soberbio y desconocido; habia bajado á las minas de diamantes de Golconda, habia traspuesto las arenas de oro del Mogol, probado las aguas sagradas del Gánjes, y trepado los montes de la Luna. Todos los potentados de ese hemisferio le habian franqueado sus palacios; habia comido el betel con el rey de Ava; bebido el *souchong* con el hermano de las siete estrellas, el señor del imperio del Medio; mascado opio con los Palícaros de las manos de hierro, bebido la leche sagrada de la vaca blanca del Tibet, y jugado al ajedrez con el negro de Abisinia, cuyo cinto está guarnecido de topacios. Cuando el huésped de Hasan le hubo divertido con sus variadas narraciones, el *hadji* de Anatolia quiso saber si el viajero era de su misma opinion, tocante á la miseria del hombre y al dolor que acompaña su destino. Fué extremada su satisfaccion, cuando vió que un peregrino, que habia visitado toda el Asia y cuyo saber y experiencia eran incontestables, miraba al género humano y la vida con menosprecio y compasion.

«— Teneis razon, le dijo el peregrino, despreciemos todos esos cuentos absurdos que nuestras nodrizas nos enseñaron: el mundo en que nos ha lanzado la casualidad es una burla infame. Someterse á los innumerables males que gravitan sobre la raza humana es una locura; mirarlos como beneficios de Dios es el colmo del desatino.

(Se continuará.)

TIPOS GRIEGOS, POR M. A. BIDA.



Soldados griegos de centinela.



Familia griega.



Mujeres griegas en la fuente.



Puesto de Palicaros.



Café sueco.

Dicen en Carcasona que las suecas son las francesas del Norte; vamos á ver qué tal preparan el arenque.



En la cerveceria de Viena.

Chapska contador de péndola para saber al dia la cantidad de vasos de cerveza que se venden.



Café bávaro.

Siempre se ha dicho en Paris que las bávaras son mujeres de tomo y lomo; pero lo que hasta ahora se ignoraba era que usasen cascos de cobre dorado, como la tropa de caballería.



Café americano

Reflexion de un bebedor: se ve una paja en el vaso del vecino y no se ve lo que hay en el vaso propio.



Café holandés.

El ángel de la cerveza, ó dulzura y modestia.



Café ruso.

Sitio muy concurrido, pues en él se ve, no sin agrado, el feliz influjo del caviar y del esturion sobre incremento de las gracias femeninas.



Café de la Prensa.

Libertad ilimitada de la Prensa británica.



Tercer café inglés.

La matrona con anteojos para dar seriedad y peso al establecimiento.



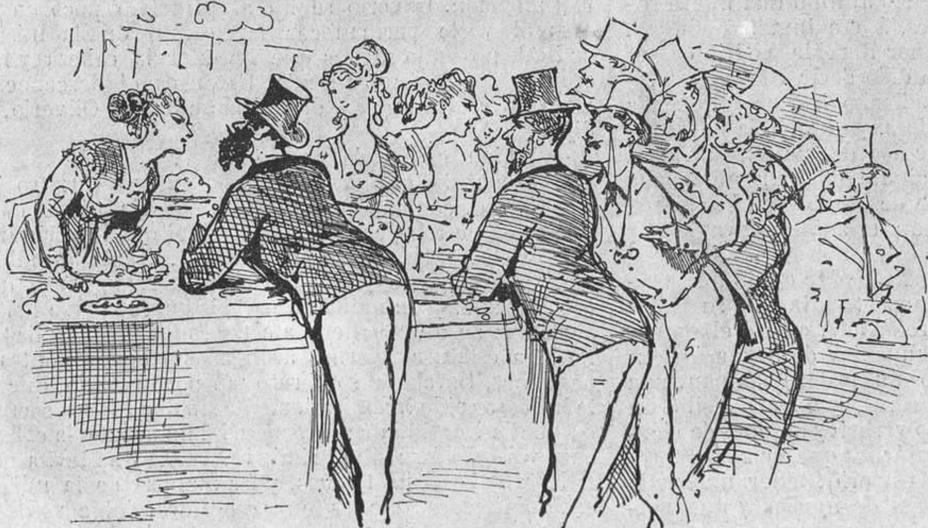
El maestro del café holandés.

¡Oh ilusion! ¡Vaya Vd. á creer al señor Ostade que nos pinta á los posaderos holandeses hinchados de cerveza y con 100 kilós de peso!



Cafetero francés.

Los beefsteaks con el lazo de union entre las naciones.



Café inglés (great attraction).

Un mostrador de beldades británicas.



Mostrador chino (greatest attraction).

— Tengo deseos de pedir á las chinas una aleta de tiburón con salsa de orugas; pero como quizás será un manjar indigesto, prefiero pedir las sus retratos fotográficos.

BERTALL.

## Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

No es la locura, señora, la causa de este cambio, repuso Bumble despues de algunos momentos de reflexion, es la carne.

— ¿Cómo? exclamó la señora Sowerberry.

— Sí, señora, la carne, la carne, repitió el bedel con tono magistral; le habeis alimentado con exceso, haciendo nacer en él un alma y un espíritu artificial, que no conviene á ninguno de su condicion. Los señores del consejo administrativo, que son filósofos consumados, os dirán lo mismo, señora. ¿Para qué necesitan los pobres un alma y un espíritu? Harto hacemos nosotros con sostenerles la vida. Si no le hubiérais dado á ese chico mas que puches, nunca habria sucedido semejante cosa.

— ¡Dios mio! murmuró la señora Sowerberry, elevando los ojos hácia el techo de la cocina; ¡hé aquí lo que tiene el ser generosa!

La generosidad de la señora Sowerberry hácia Oliverio consistia en darle siempre los restos que nadie habia querido; pero con una abnegacion sublime sufrió en silencio la acusacion lanzada por el bedel, de la que se creia inocente, de pensamiento, de accion y de palabra.

— Escuchad, continuó Bumble, lo único que debe hacerse ahora, en mi sentir, es dejarle en la cueva un día ó dos hasta que el hambre le debilite, y ponerle despues en libertad, teniendo cuidado de no darle mas que puches mientras dure su aprendizaje. Ese chico es hijo de padres muy irritables, señora Sowerberry; la nodriza y el médico me han dicho que su madre llegó aquí despues de inmensos trabajos y fatigas, capaces de matar á cualquiera mujer sana y robusta.

Aquí llegaba el señor Bumble en su discurso, cuando Oliverio, que oia lo bastante para comprender que se hablaba de su madre, volvió á descargar patadas en la puerta con tal fuerza que no dejaba á nadie entenderse.

En aquel momento llegó Sowerberry, y habiéndole referido el atentado de Oliverio con toda la exageracion que las mujeres creyeron propia para hacerle montar en cólera, abrió al momento la puerta de la cueva, é hizo salir, cogiéndole por el cuello, al rebelde aprendiz.

La ropa de Oliverio se habia desgarrado en la lucha; tenia el rostro lleno de arañazos y los cabellos en desorden sobre la frente; pero su cólera no se habia disminuido, y al salir de la cueva, lejos de parecer intimidado, lanzó á Noé una mirada amenazadora.

— ¡Eres todo un guapo chico! exclamó Sowerberry dando un bofetón á Oliverio.

— Ha ultrajado á mi madre, replicó Oliverio.

— ¡Y bien! aun cuando así fuese... miserable arrapiezo, dijo la señora Sowerberry, todavía no ha dicho bastante de ella, y se merece mucho mas.

— No, señora, contestó el chico.

— ¡Oh! seguramente que sí.

— ¡Os digo que mentís! exclamó Oliverio.

Al oír esto, la señora Sowerberry prorumpió á llorar: aquel torrente de lágrimas no dejaba á su marido ninguna alternativa. Si hubiera vacilado un momento en castigar á Oliverio mas severamente, es claro como la luz, que segun los usos acostumbrados en las reyertas domésticas, hubiera sido un bruto, un esposo desnaturalizado, un ser despreciable, sin tener mas de humano que el rostro, y otras muchas cosas, en fin, que no caben en este capítulo.

Es preciso reconocer, sin embargo, que en cuanto dependia de su autoridad, que era por cierto bien limitada, Sowerberry estaba bien dispuesto hácia el chico, ya porque tuviese interés en ello ó bien porque su mujer le aborrecia; pero las lágrimas de la buena señora no le dejaban otro recurso, y en consecuencia administró á Oliverio una correccion tal, que la misma señora Sowerberry se dió por satisfecha, siendo ya de todo punto inútil el baston parroquial del señor Bumble.

El resto del día lo pasó Oliverio encerrado junto á la cocina, sin mas alimento que un pedazo de pan seco y un jarro de agua; llegada la noche, la señora Sowerberry, despues de haberle hecho algunas observaciones injuriosas sobre la memoria de su madre, le abrió la puerta, y en medio de los sarcasmos de Noé y de Carlota, le mandó que se fuese á la cama.

Una vez solo, en la tienda triste y silenciosa del empresario de las pompas fúnebres, entregóse Oliverio á las reflexiones que el tratamiento recibido hizo desperstar en su corazón de niño.

Habia oido los sarcasmos con desden, y sufrido los golpes sin exhalar un grito, pues sentia desarrollarse en su corazón un sentimiento de orgullo, que le hubiera impedido proferir la menor queja aun cuando le hubiesen quemado vivo; pero en aquel momento hallábase solo, nadie podia verle ni oírle; y cayendo de rodillas con el semblante oculto entre sus manos, vertió un torrente de lágrimas, de esas que siempre deben desearse para bien de la naturaleza, y que no siempre concede Dios á los niños de la edad de Oliverio.

El pobre huérfano permaneció largo tiempo en la misma posicion, mas cuando ya iba á extinguirse la moribunda luz de la vela, levantóse, miró á su alrededor, escuchó atentamente, y corriéndole despues con suavidad los cerrojos de la puerta de entrada, miró á la calle.

La noche estaba oscura y sombría; parecióle al niño que las estrellas se hallaban mas lejos que otras veces; no hacia viento; pero la sombra de los árboles, proyectándose sobre la tierra con tenaz inmovilidad, tenia algo de siniestro y sepulcral. Oliverio cerró la puerta sin hacer el menor ruido, y aprovechando los últimos destellos de la espirante luz para reunir en un pañuelo los pocos efectos que poseía, sentóse en un banco y aguardó silencioso los primeros albores de la aurora.

Apenas un rayo de luz penetró á través de las hendiduras de la puerta, levantóse Oliverio y corrió de nuevo los cerrojos. Despues de dirigir una tímida mirada en torno suyo, vaciló algunos instantes, y por último, lanzóse á la calle, cerrando tras sí la puerta.

Incierto del camino por donde debería huir, miró á derecha é izquierda; pero recordando que los carros al salir de la ciudad subian penosamente la colina, tomó la misma direccion, y atravesando los campos, llegó á un pequeño sendero que comunicaba con la carretera, por la que empezó á caminar con rapidez.

Recordaba muy bien haber recorrido en otro tiempo aquel camino, cuando el señor Bumble fué á buscarle á la sucursal del asilo de mendicidad. Siguiendo en linea recta iba á parar á dicha casa, y á esta idea latió su corazón con tal violencia, que estuvo á punto de volver atrás; pero ya habia andado bastante; iba á perder mucho tiempo, y además como era muy temprano, no habia temor de que le viesen. Continuó pues avanzando.

Llegado á la sucursal, no vió señales de que sus pequeños habitantes estuviesen levantados aun: detúvose Oliverio, y lanzando á hurtadillas una mirada al jardín, vió á un niño que arrancaba las malas yerbas de un cuadro. Como precisamente en aquel momento levantara el niño su pálido semblante, Oliverio reconoció en él á uno de sus antiguos compañeros, y se alegró mucho de verle antes de alejarse. Aunque mas joven que él, aquel niño habia sido su amiguito, su compañero de juego: ¡juntos habian compartido los castigos, el hambre y los encierros!

— ¡Chut! Dick, dijo Oliverio al ver á su amigo correr hácia la puerta y pasar sus bracitos á través de las barras para recibirle; ¿se han levantado ya?

— No, estoy solo, repuso el niño.

— Es preciso que no digas á nadie que me has visto, replicó Oliverio; yo me escapo porque me pegan y me maltratan, Dick. Voy á buscar fortuna lejos de aquí, tan lejos que no puedo decir dónde. Pero ¡qué pálido estás!

— He oido decir al médico que voy á morir, contestó el niño con una ligera sonrisa, y me alegro mucho de verte, amigo mio; pero no te detengas, no te detengas.

— ¡Bien, bien! exclamó Oliverio; mas no quiero despedirme de tí para siempre; estoy seguro de volverte á ver, Dick, y entonces te encontraré feliz y contento.

— Yo seré feliz cuando me haya muerto, y no antes, replicó el niño; el médico tiene razón, Oliverio, pues muchas veces sueño con el cielo y los ángeles y otras dulces imágenes, que no veo jamás cuando estoy despierto. ¡Abrazame! añadió, rodeando con sus brazos el cuello de Oliverio; ¡adios, querido amigo, que Dios te bendiga!

Aquella bendicion salia de la boca de un niño; pero era la primera que recibia Oliverio. En medio de las rudas pruebas, de los sufrimientos y de las vicisitudes de su vida, no la olvidó jamás.

## VIII.

Al llegar á las barreras, encontróse Oliverio en el camino real, y aun cuando no eran mas que las ocho de la mañana, y se hallase á cinco millas de la ciudad, corrió á ocultarse detrás de un vallado hasta medio día, por temor de que le persiguieran y cogiesen. Entonces se sentó junto á un poste, y comenzó á pensar por la primera vez, dónde debería ir para ganarse la vida.

El poste junto al cual se habia sentado Oliverio, indicaba con grandes caracteres hallarse á setenta millas de Londres, nombre que sugirió al niño una nueva serie de ideas. ¿Iria á Londres, á esa inmensa ciudad, donde nadie, ni el mismo señor Bumble, podria descubrirle? Con frecuencia habia oido decir á los viejos indigentes del asilo que un muchacho listo no se quedaba jamás sin ocupacion en Londres, y que habia en aquella gran ciudad infinitos medios de existencia. Aquel era pues el lugar mas conveniente para un muchacho sin asilo, destinado á morir de hambre en la calle si no se le socorria. Absorto con esta idea, levantóse y continuó su camino.

Anduvo cuatro millas mas sin pensar en lo que tendria que sufrir antes de llegar al término de su viaje; pero como le ocurriese esta reflexion, acortó el paso y comenzó á meditar sobre los medios de llegar á Londres. Llevaba en su pañuelo un pedazo de pan, una mala camisa, dos pares de medias, y en el bolsillo un penique que le habia dado Sowerberry despues de cierto entierro en que se distinguió mas que de costumbre. Es cosa muy buena, pensaba Oliverio, tener una mala camisa blanca, dos malos pares de medias y un penique; pero este no es suficiente recurso para recorrer setenta millas á pié, y en invierno. Oliverio te-

nia, como muchos jóvenes, una inteligencia clara, y era ingenioso para descubrir las dificultades, pero no para vencerlas, y así fué, que no hallando resolucion á lo que buscaba, despues de reflexionar mucho, echóse su hatillo al hombro y dobló el paso.

Aquel día anduvo veinte millas sin comer mas que su pedazo de pan y beber algunos vasos de agua que le dieron por el camino, á la puerta de las casas. Por la noche entró en una pradera, y acurrucándose en un monton de heno resolvió aguardar allí la llegada del día. Al oír silbar el viento en la desierta campiña, no pudo menos de experimentar un sentimiento de temor; tenia frio y hambre, y hallábase mas solo que nunca; pero el cansancio del camino le hizo conciliar pronto el sueño y olvidar sus penas.

Al levantarse por la mañana, sintióse entumecido por el frio, y tenia tanta hambre, que gastó su penique en comprar pan en el primer pueblo que halló al paso. Aun no habia recorrido doce millas, cuando la noche le sorprendió de nuevo; sus piés estaban hinchados y sus piernas tan débiles, que apenas le podian sostener; una noche mas al sereno acabó de agotar sus fuerzas, y cuando quiso continuar su camino á la mañana siguiente, apenas pudo arrastrarse. Resolvió pues aguardar á un lado del camino, esperando á que pasase una diligencia para pedir limosna á los viajeros de la imperial; pero nadie le hizo caso. El pobre Oliverio quiso seguir el coche, mas no le fué posible; agobiado por el cansancio y lastimados los piés, tuvo que detenerse mientras la diligencia se alejaba dejando tras sí una nube de polvo.

En distintos lugares se veian grandes cartelones, al lado del camino, en los cuales se anunciaba que todo mendigo seria reducido á prision; este aviso asustó tanto á Oliverio que se alejó en seguida muy de prisa. Ya lejos, se paró delante del patio de una posada contemplando á los que entraban y salian de ella, hasta que el dueño dió orden á uno de los postillones para que alejase al chico sospechoso que permanecia al rededor de la casa, sin duda con la intencion de robar alguna cosa. Si pedia limosna á la puerta de alguna granja, de diez veces las nueve le amenazaban diciéndole que le echarian el perro; si metia la cabeza en alguna tienda le regañaban desde el mostrador, y al oír esto no sabia dónde acudir.

Sin el buen corazón de un guarda y la caridad de una anciana, los sufrimientos de Oliverio hubieran concluido como los de su madre, es decir, hubiera muerto también en medio del camino. El guarda le dió un poco de pan y queso, y la anciana, que tenia un hijo marino, que se hallaba navegando en lejanos mares, se apiadó del pobre huérfano y le dió lo poco que tenia, acompañando su limosna con palabras dulces y buenos consejos, y derramando tales lágrimas de compasion, que hirieron el corazón de Oliverio, tanto como sus mismos sufrimientos.

En la mañana del séptimo día de su partida, llegó paso á paso al pueblo de Barnet. Las puertas de las casas estaban todas cerradas, las calles desiertas y nadie iba aun á emprender su trabajo cotidiano. El sol salia radiante, pero su luz solo servia al pobre niño para hacerle ver todo el horror de su miseria y de su soledad; cubierto de polvo y con los piés ensangrentados, sentóse á descansar sobre los helados peldaños de una escalinata.

Poco á poco las ventanas se abrieron, las cortinas de las mismas fueron levantándose y empezaron á circular varios viajeros. Algunos de ellos se detenian un momento para contemplar á Oliverio, ó le miraban rápidamente al pasar por su lado; pero nadie le socorria ni se tomaba la pena de preguntarle cómo habia llegado allá; no tenia el corazón de mendigo y permanecia inmóvil y silencioso.

Hacia ya bastante tiempo que estaba en aquel sitio y se asombró de ver tantas tiendas de vinos, pues la mitad de las casas de Barnet son tabernas grandes ó pequeñas; miraba con afán las diligencias públicas que pasaban y comprendia con sorpresa que aquellos vehículos podian recorrer cómodamente en algunas horas todo el camino que él habia recorrido en una semana, á pesar de su resolucion y constancia poco acostumbradas en su edad.

Abandonó estas meditaciones al observar que un muchacho que habia pasado por delante de él hacia pocos instantes, sin aparentar que le hubiese visto, acababa de detenerse al otro lado del camino, contemplándole con atencion. Oliverio se fijó al principio poco en él, mas al verle permanecer largo rato en la misma actitud, no pudo menos que levantar la cabeza y mirarle con el mismo interés. Entonces el desconocido atravesó el camino, y dirigiéndose hácia Oliverio, le dijo:

— Y bien, camarada, ¿qué te pasa?

El muchacho que dirigia esta pregunta á nuestro joven viajero, contaba poco mas ó menos la misma edad que este, y era la persona mas original que Oliverio hubiera visto jamás: tenia nariz chata, frente hundida, facciones vulgares y el exterior mas repugnante que puede darse, y sin embargo parecia querer darse la importancia de un caballero, afectando los modales de tal. De baja estatura, piernas arqueadas y ojos salientes y pequeños, llevaba el sombrero tan poco metido, que se le hubiera caido irremisiblemente sin una brusca sacudida que le imprimia con frecuencia, meneando la cabeza para volverlo á su sitio primitivo. Vestia una levita que le llegaba hasta los talones, y las mangas de la misma eran tan largas, que las tenia que llevar dobladas hasta los codos, probablemente por la costumbre de tener sus manos casi siempre metidas en los grandes bolsillos de

su pantalón de terciopelo. En fin, hallábase tan orgulloso con sus botinas á lo Blucher, como jamás pudiera estarlo cualquier jóven de su estatura, es decir, de cuatro pies y seis pulgadas.

— ¡Y bien! camarada, ¿qué te pasa? preguntó otra vez á Oliverio aquel extraño interlocutor.

— Tengo hambre y estoy muy cansado, contestó Oliverio con las lágrimas en los ojos. He hecho un largo viaje; hace siete días que ando.

— ¡Siete días de marcha! dijo aquel jóven, ¡ah! ya entiendo, es por orden del *pico* (1), ¿no es verdad? Sin embargo, añadió viendo que Oliverio no contestaba, ¿supongo que tú no sabrás, camarada, lo que quiere decir *pico*?

Oliverio contestó con candidez que él había creído siempre que esta palabra significaba el pico de un pájaro.

— ¡Vaya un inocente! exclamó el jóven; un pico es un magistrado; marchar por orden de un *pico*, no es ir delante de él, sino correr siempre sin volver jamás. ¿Has estado tú en el molino? (2)

— ¿En qué molino? preguntó Oliverio.

— ¡En qué molino! por vida mía, en el que anda sin agua; vente conmigo; tú tienes necesidad de comer y comerás. La bolsa está flaca, pero mientras haya algo se gastará. ¡Vamos pues, gira sobre tus *quillas*! arriba.

Aquel jóven ayudó á Oliverio á levantarse, le acompañó á una tienda de comestibles, compró un pedazo de jamón y un pan de tres libras, tuvo la ingeniosa idea de abrir un agujero en el pan, en donde metió el jamón para librarlo del polvo del camino, y colocándolo todo debajo de su brazo, entró en una taberna, conduciendo á Oliverio á una habitación interior. Allí el misterioso jóven hizo llevar una botella de cerveza, y á la invitación de su nuevo amigo, Oliverio empezó á devorar mientras que el otro le miraba de vez en cuando con mucha atención.

— ¿Vas tú á Londres? dijo el desconocido á Oliverio, así que hubo concluido de comer.

— Sí, contestó este.

— ¿Tienes allá casa?

— No.

— ¿Y dinero?

— Tampoco.

El desconocido se puso á silbar y metió sus manos en los bolsillos tanto como se lo permitieron las largas mangas de su levita.

— ¿Habitais en Londres? preguntó Oliverio.

— Sí, tengo allí casa. Tú tendrás también necesidad de una habitación para pasar la noche, ¿no es verdad?

— Sí, respondió Oliverio; no he dormido bajo cubierto desde que he dejado mi país.

— Pues no te asustes por tan poca cosa, dijo el jóven: debo estar esta noche en Londres y conozco á un respetable anciano que te alojará de balde, presentándote uno de sus conocidos; ¡bien que yo no soy conocido suyo! añadió sonriendo, para probar que estas últimas palabras eran pronunciadas con ironía.

Este ofrecimiento inesperado de una habitación era demasiado halagüeño para que Oliverio pensara en rechazarlo, sobre todo cuando se le aseguraba que además el buen anciano buscaría indudablemente sin tardanza una ocupación lucrativa para Oliverio. Tuvieron entonces los dos jóvenes una conversación amistosa y confidencial, en la que descubrió Oliverio que su nuevo amigo se llamaba Jack Dawkins, y que era el favorito y protegido del viejo en cuestión.

El exterior del señor Dawkins no hablaba muy alto en favor de las ventajas que el crédito del anciano ofrecía al que iba á ponerse bajo su protección; sin embargo, como su conversación era ligera é incoherente, y como además sus amigos le conocían con el gracioso sobrenombre de *Truhan*, Oliverio comprendió que su compañero era de un natural alborotado y calavera, y que los preceptos morales de su bienhechor no habían ejercido ninguna influencia sobre él. Con estas reflexiones resolvió Oliverio captarse la estimación del anciano de quien le hablaban, lo más pronto posible, con la intención de tener el honor de abandonar al *Truhan*, si efectivamente era incorregible, como él creía.

Jack Dawkins no quiso entrar en Londres antes de la noche, y eran casi las once de ella cuando llegaron á la barrera d'Islington. Pasaron por la calle de San Juan, bajaron luego por la pequeña travesía que conduce al teatro de Sadlerwell, alejándose por la calle de Exmouth y Copper-Row cerca del asilo de mendicidad; y atravesando despues el terreno llamado en otro tiempo *Hokley in the Hole*, desembocaron en *Little Saffron-Hill the Great*, que el *Truhan* cruzó con paso rápido, encargando á Oliverio que le siguiera de prisa.

Aunque Oliverio tenía mucho que hacer para no perder de vista á su guía, no dejó por esto de lanzar algunas miradas rápidas y furtivas, sin pararse, á los dos lados de la calle: era el sitio más sucio y más miserable que había visto en su vida. La calle era estrecha y húmeda, y el aire estaba cargado de miasmas fétidos. Veíanse un gran número de tiendas pequeñas, en cuyo fondo solo se divisaban muchos niños que gritaban y chillaban á cual mas, á pesar de la hora avanzada de la noche. Las únicas casas que parecían prosperar en medio de aquella miseria general, eran las tabernas, en donde los irlandeses de la hez del pueblo, es decir, de la hez de la especie humana, disputaban con todas sus fuerzas. Pequeñas callejuelas ó pasajes cubiertos,

que daban salida á la calle principal, dejaban ver debajo de ellos casas sospechosas, en las cuales se podían contemplar hombres y mujeres borrachos, y de las que salían con frecuencia individuos cuyo aspecto, bajo todos conceptos, daba á entender que sus acciones no eran nada buenas.

Oliverio estaba pensando si le convendría mas escaparse, así que llegaran al extremo de la calle, cuando su guía cogiéndole por el brazo se paró en la puerta de una casa cercana á *Fieldlane* y le hizo entrar en un patio, cerrando la puerta tras sí.

— ¿Quién va? exclamó una voz, como contestando á un silbido del *Truhan*.

— ¡Plum y Slam! fué la contestación. Sin duda alguna era la señal ó palabra de orden que indicaba que todo marchaba bien.

La pálida luz de una vela iluminó las paredes de un oscuro pasadizo; poco despues vióse aparecer una cabeza junto á la barandilla rota de una escalera que conducía á una cocina.

— Sois dos, dijo el hombre levantando la vela y poniéndose la mano sobre los ojos para distinguir mejor los objetos: ¿quién es el otro?

— Un nuevo recluta, contestó Jack Dawkins, haciendo adelantar á Oliverio.

— ¿De dónde viene?

— Del país de los inocentes; ¿está arriba Fagin?

— Sí, está arreglando los pañuelos, subid.

Aquel hombre desapareció y quedaron á oscuras.

Guiado por su compañero que le tenía fuertemente cogido por la mano, Oliverio buscaba á tientas el paso. Con la oscuridad que reinaba salvó difícilmente los trozos de ruinas que su guía saltaba con una ligereza que probaba conocer perfectamente el camino; encontraron por fin la puerta de un cuarto interior y Oliverio fué introducido en aquel aposento, cuyas paredes y pavimento estaban ennegrecidas por el tiempo y la falta de limpieza. Delante de la chimenea y encima de una mesa de pino, veíase una vela sostenida por el cuello de una botella de vidrio, dos ó tres botes de estaño, un pan, manteca y un plato. En una sarten, sin mango, freíanse algunas salchichas, y cerca de ella hallábase un viejo judío con un tenedor en la mano.

Su semblante, surcado de arrugas, y sus facciones innobles y repugnantes, estaban medio cubiertas por una espesa y áspera cabellera rubia: llevaba una especie de túnica de franela y parecía dividir su atención entre la sarten y una cuerda, de la que pendía un considerable número de telas. Varias camas sucias, formadas con sacos viejos, estaban ordenadas en aquella misma habitación, y al rededor de la mesa se veían cuatro ó cinco muchachos de la misma edad que el *Truhan*, fumando en pipa y bebiendo licores, como si fueran hombres de mayor edad. Todos ellos saludaron á su camarada, que pronunció algunas palabras en voz baja al oído del judío y despues volviéronse riendo á Oliverio.

— Os presento á mi amigo Oliverio Twist, dijo Jack Dawkins.

El judío sonriendo hizo un profundo saludo á Oliverio, y alargándole la mano le dijo que esperaba tendría el honor de contraer con él íntima amistad. Entonces los pequeños fumadores le rodearon, dándole tales apretones de mano que le hicieron soltar el pequeño lio que llevaba. Mostrábanse todos tan dispuestos á servirle, que el uno le quitaba la gorra y otro se disponía á limpiarle los bolsillos para aligerarle, en vista de lo muy cansado que estaba. Los cumplidos no hubieran cesado tan pronto, si el judío no hubiese prodigado generosamente sobre las espaldas de los pequeños y complacientes *pillotes* varios golpes con el tenedor que tenía.

— Nos alegramos de verte, Oliverio, dijo el judío. *Truhan*, arregla el fuego y acerca un banco para que Oliverio se siente. ¡Ah, mira con atención los pañuelos! hé aquí una admirable colección; ¿no es verdad, amigo mio? Precisamente los estamos preparando para la colada. Míralos todos, Oliverio, míralos todos; ¡ja, ja, ja!

Las últimas palabras del judío fueron acogidas con aplauso por sus jóvenes discípulos, y en seguida empezaron á cenar.

Oliverio comió su parte y luego acercóle el judío un vaso de ginebra, encargándole que lo bebiera de un trago porque otro necesitaba el vaso. Oliverio obedeció y pronto sintióse caer dulcemente sobre uno de los sacos y quedó dormido con un profundo sueño.

## IX.

Al día siguiente en hora muy avanzada de la mañana, despertó Oliverio de un sueño profundo y prolongado. No había en la habitación mas que el viejo judío que hacia hervir el café en una cafetera, silbando entre dientes mientras agitaba el líquido con una cuchara de hierro. De tarde en tarde suspendía su operación para escuchar si se oía algún ruido, y cuando se aseguraba de lo contrario, continuaba silbando y agitando el café.

Oliverio no dormía ni estaba completamente despierto. Hallábase en ese estado de sopor en que se sueña mas en cinco minutos, con los ojos entreabiertos, sin tener conciencia de lo que pasa, que no en cinco noches con los ojos cerrados y embotados los sentidos por un profundo sueño. En tales momentos conoce el hombre mentalmente cuanto sucede á su alrededor, formándose una débil idea de las poderosas facultades de su espíritu, que libre de la parte material, se lanza lejos de la tierra, burlándose del tiempo y del espacio. Oliverio estaba precisamente en uno de esos momen-

tos. Con los ojos medio cerrados, veía al judío y le oía silbar por lo bajo, reconociendo el ruido de la cuchara al rozar por las paredes de la cafetera; y por lo tanto, su espíritu durante este tiempo vagaba por el espacio representándose cuanto había conocido.

Cuando estuvo hecho el café, el judío puso la cafetera en el suelo y permaneció algunos instantes en una actitud indecisa, como si no supiera qué partido tomar; despues volviése, miró á Oliverio y le llamó por su nombre: este no contestó y pareció completamente dormido. El judío, seguro con esta prueba, se dirigió sin hacer ruido hácia la puerta, cerróla y levantó una trampa, que segun pudo ver Oliverio, estaba practicada en el suelo, sacando de aquel escondrijo una caja que puso cuidadosamente sobre la mesa. Sus ojos brillaron de una manera singular, y al levantar la tapa y mirar ansioso el contenido de aquella, acercó á la mesa una silla vieja, sentóse y sacó del cofrecillo un magnífico reloj de oro cincelado, guarnecido de diamantes.

— ¡Ah, los muchachos! dijo el judío encogiéndose de hombros y con las facciones contraídas por una espantosa sonrisa; ¡bravos muchachos, firmes hasta el fin! ¡Incapaces de decir al anciano sacerdote donde está la caja! ¡Incapaces de vender al viejo Fagin! ¿Y qué interés tendrían en hacerlo? Eso no hubiera deshecho el nudo corredizo ni retardado la báscula un minuto, no, no. ¡Famosos muchachos, famosos muchachos!

Mientras se hacia en voz baja estas reflexiones y otras semejantes, el viejo judío metió de nuevo el reloj en la caja y fué sacando de ella una media docena mas, contemplándolos uno á uno, así como tambien varias cadenas, brazaletes y otros objetos de bisutería de todas clases, de un trabajo tan precioso y especial, que Oliverio no conocía la mayor parte de los nombres de tan hermosas alhajas.

Todos aquellos objetos fueron metidos nuevamente en el cofre, hasta que al fin el judío sacó otro que puso en la palma de su mano, y que parecia tener grabada una inscripción; colocándolo cuidadosamente sobre la mesa, lo contempló largo tiempo con atención; hasta que por último, como si se desesparara de no poder descifrar aquellos caracteres, lo puso dentro del cofre y meciéndose en la silla continuó sus reflexiones.

— ¡Qué hermosa cosa es la pena capital! decía á media voz. ¡Los muertos no se arrepienten jamás, los muertos nunca vienen á revelar curiosas historias! ¡Ah! ¡es una grande seguridad para el comercio!

Así diciendo, el judío paseaba la vista á su alrededor, y al fin la mirada de sus negros y brillantes ojos se fijó en Oliverio. El muchacho le estaba observando con una curiosidad muda; el viejo comprendió al momento que había sido visto, y cerrando bruscamente la tapa del cofre, cogió un cuchillo que estaba encima de la mesa y se levantó furioso; pero comenzó á temblar de tal modo, que Oliverio, á pesar de su terror, pudo ver moverse la hoja del cuchillo.

— ¿Qué es eso? dijo el judío: ¿por qué me observas? Tú no dormías; ¿qué has visto? ¡Habla pronto, pronto, va en ello tu vida!

— Yo no he podido dormir mas, señor, contestó Oliverio con dulzura; me alegro de veros bueno.

— ¿Estabas despierto hace una hora? preguntó el judío con aire amenazador y terrible.

— No, señor, estad seguro que no, respondió Oliverio.

— ¿Estás bien seguro? repuso el judío mirando al chico de una manera siniestra.

— Yo dormía, señor, replicó Oliverio, os lo aseguro bajo mi palabra.

— ¡Está bien, está bien, amiguito! dijo el judío, reprimiendo bruscamente sus rudos ademanes y jugando con el cuchillo antes de dejarlo encima de la mesa, como para hacerle creer que no lo había tomado sino por distracción. Ya estoy seguro de ello, amigo mio; solo he querido darte miedo. ¡Tú eres valiente! sí, por mi fe, tú eres valiente, Oliverio. Y el judío se frotaba las manos riendo, pero mirando el cofre de una manera inquieta. ¿Has visto alguno de estos hermosos objetos? dijo el judío despues de un largo silencio y poniendo la mano sobre el cofre.

— Sí, señor, respondió Oliverio.

— ¡Ah! dijo el judío palideciendo. Esto... esto es mio, Oliverio... es mi pequeña fortuna... lo único que tendré para mantenerme en mi ancianidad: por esto me llaman avaro, amigo mio, solamente avaro... nada mas.

Oliverio pensaba en efecto que su viejo señor debía ser muy avaro, puesto que vivía en una habitación tan mala teniendo todos aquellos objetos; mas reflexionó que sus cuidados para con el *Truhan* y los otros muchachos, debían costarle tal vez mucho dinero; miró al judío con aire respetuoso y le preguntó si podía levantarse.

— Ciertamente, amiguito, ciertamente, contestó el viejo; encontrarás un cubo de agua detrás de la puerta del patio, vé á buscarlo y te daré una palangana para que puedas lavarte.

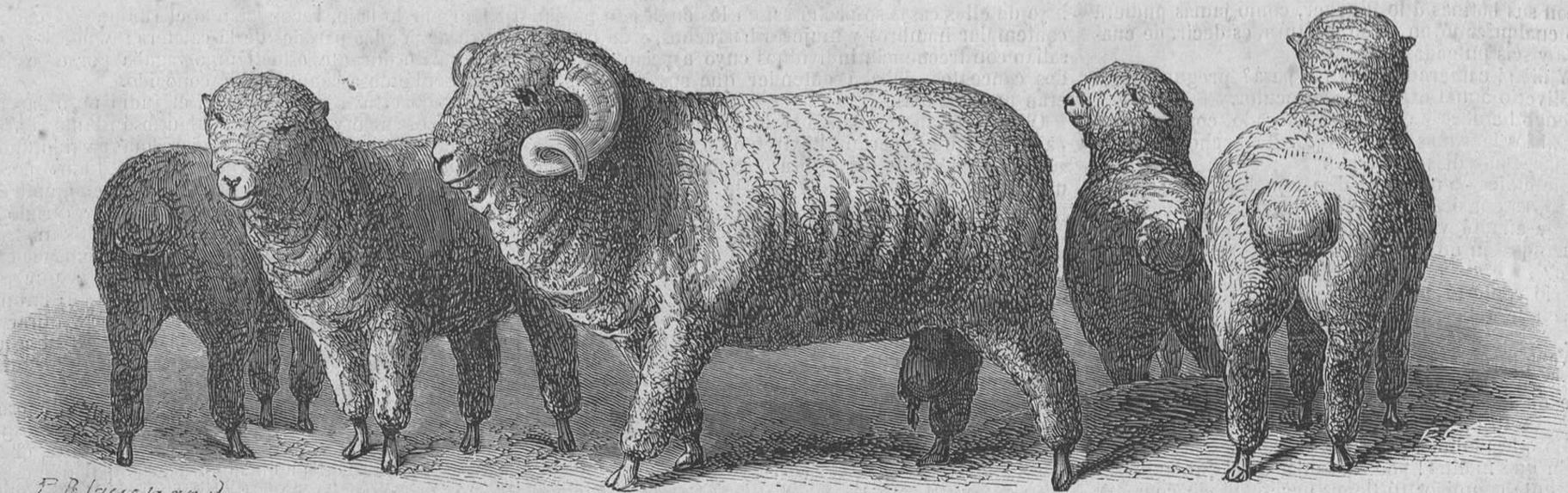
Oliverio se levantó, y atravesando la habitación bajó para buscar el cubo.

Al volver ya había desaparecido el cofre.

Apenas se había acabado de lavar y de arreglarlo todo, vertiendo por orden del judío el agua por la ventana, cuando entró el *Truhan* escoltado por uno de los jóvenes amigos que Oliverio había visto en la noche anterior fumando y que le había sido presentado con el nombre de *Charlot Bates*. Al poco tiempo sentáronse todos para tomar su almuerzo compuesto de café, panecillos calientes y un poco de jamón que el *Truhan* había traído dentro de su sombrero.

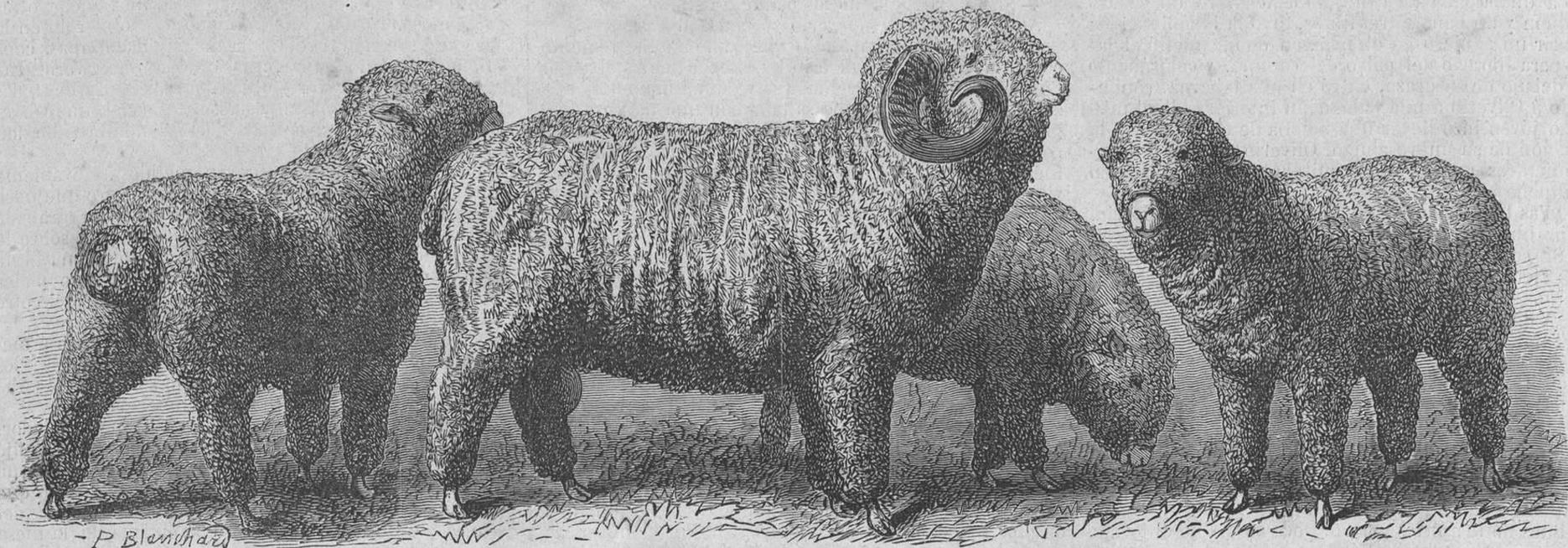
(1) Nombre que los *truhanes* dan á los magistrados.

(2) Alusión al molino que hacen andar los penados.



F. Blanchard

Exposicion universal de agricultura en Billancourt. — Carneros premiados de la hacienda de Kopaszew, perteneciente á M. Chlapowski.



- P. Blanchard

Carneros premiados de la hacienda de Kotovo, perteneciente al conde Mietzinski.

— ¡Y bien! dijo el judío dirigiéndose al *Truhan* y mirando maliciosamente á Oliverio; ¿creo, amigos míos, que habeis ido esta mañana á trabajar?

— Efectivamente, contestó el *Truhan*.  
 — Sí, ya lo creo, añadió Charlot Bates.  
 — Sois muy buenos muchachos, dijo el judío; ¿qué es lo que has traído, *Truhan*?  
 — Dos carteras, contestó el joven.  
 — ¿Bonitas? replicó el judío con ansiedad.  
 — No son malas, respondió el *Truhan* enseñando dos carteras, una verde y la otra encarnada.

— Podrían ser mejores, dijo el judío despues de haberlas examinado con detencion; pero son completamente nuevas y bien trabajadas; parecen de un hábil fabricante ¿no es verdad, Oliverio?

— Ciertamente, señor, dijo este.  
 Esta contestacion hizo reir mucho á Charlot Bates, con gran sorpresa de Oliverio, que no sabia por qué aquella contestacion era causa de risa.

— Y tú, amigo mio, ¿qué es lo que traes? dijo Fagin á Charlot Bates.  
 — Algunos pañuelos, contestó Bates sacando cuatro de su bolsillo.

— Bien, añadió el judío examinándolos minuciosamente, son buenos, muy buenos; sin embargo, no los has marcado bien, Charlot. Es necesario señalar las marcas con un alfiler; enseñaremos á Oliverio cómo se hace y lo aprenderá; ¿no es verdad, Oliverio? ¡Ja, ja!

— Como querais, señor, replicó Oliverio.  
 — Tú desearás hacer pañuelos tan bien como Charlot Bates, ¿no es cierto, amigo mio?

— De todo corazon, señor, si procurais instruirme, repuso Oliverio.

Bates encontró esta contestacion mas chistosa que la anterior y empezó á reirse de nuevo, mas como era el momento crítico de tomar su café, le fué necesario concluir.

— ¡Es muy inocente! dijo luego que pudo hablar, como para disimular con sus compañeros su grosería.

El *Truhan* no dijo nada; pero pasó la mano por la cabeza de Oliverio, é hizo caer sus cabellos sobre sus ojos, consiguiendo que se pusiera colorado. El viejo así que vió que Oliverio se avergonzaba, cambió de conversacion y preguntó si á la ejecucion que habia tenido lugar aquella mañana, habia asistido mucha gente. La sorpresa de Oliverio aumentó, pues no le cabia duda, despues de oír la contestacion de los dos muchachos, que ambos habian asistido y era extraño que les hubiese quedado tiempo para poder trabajar.

(Se continuará.)

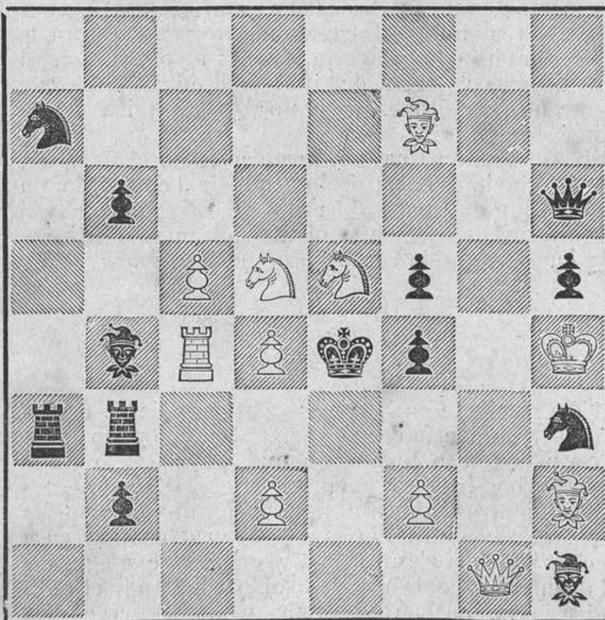
**Problemas de ajedrez.**

Solucion del número 241.

- |   |                                    |             |
|---|------------------------------------|-------------|
| 1 | A 6ª TRª                           | T c. CR     |
| 2 | A 8ª ARª jaque                     | T toma A    |
| 3 | T 5ª AR                            | C toma T    |
| 4 | C 3ª AR                            | Cualquiera. |
| 5 | Uno de los caballos da jaque-mate. |             |

PROBLEMA NÚMERO 242, POR M. SAMUEL LOYD.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

**Los carneros Negretti**

EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE BILLANCOURT.

En la apreciacion general de la exposicion de Billancourt publicada hace ocho dias, citamos el concurso del ganado lanar porque presentaba un interés particular, en razon al número y calidades excepcionales de las muestras. Las especies francesas eran notables por mas de un concepto; pero dos hacendados del ducado de Posen, el conde Mielzinski y M. C. Chlapowski, enviaron dos rebaños que han sido objeto de la admiracion general.

Estos carneros se llaman *Merinos-Negretti*, sin duda por el color negro que aparece á la superficie de su vellón. Los daremos á conocer extractando en algunas líneas una noticia que ha llegado á nuestras manos.

«Estos carneros son pequeños, pero bien proporcionados, y los crían de modo que den la mayor cantidad posible de lana. En los países en que no abundan los buenos pastos y en que la carne no tiene un precio suficientemente remunerador, la lana es el mas importante, si no el único producto de los animales de la especie ovina. Aquellos apriscos, que como Kopaszew y Kotowo tienen principalmente por objeto la venta de animales reproductores, deben pues tratar de producir animales poco corpulentos, fáciles de alimentar, con mucha y buena lana.

La que dan los carneros llamados *Negretti* es fina y fuerte, no se quiebra fácilmente, y es al mismo tiempo sedosa y brillante. En el palacio del Campo de Marte se ve un armario lleno de lanas del aprisco de Kopaszew.

Los cruzamientos y modificaciones que se introducen en la cria y el régimen alimenticio de los animales, permiten siempre aumentar su corpulencia y peso, cuando de ello puede resultar alguna ventaja.»

Los merinos *Negretti* representados en nuestros dibujos forman parte de la hacienda de Kopaszew, perteneciente á M. Casimiro Chlapowski. En la exposicion internacional de Breslau que tuvo efecto en marzo de 1867, y á la que enviaron 160 hacendados de Prusia y de Sajonia las mas bellas muestras de las razas ovinas; el ganado de Kopaszew fué mencionado con grandes elogios y figuró en primera línea entre los animales reproductores. No hay duda que el jurado de Francia ratificará el fallo de Breslau.

S. DE G.